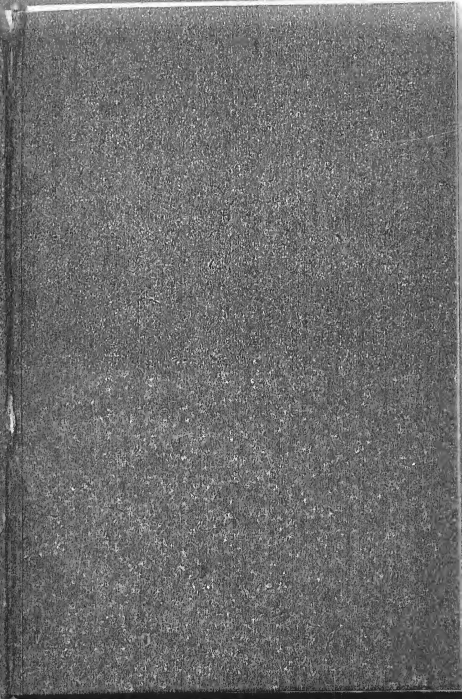
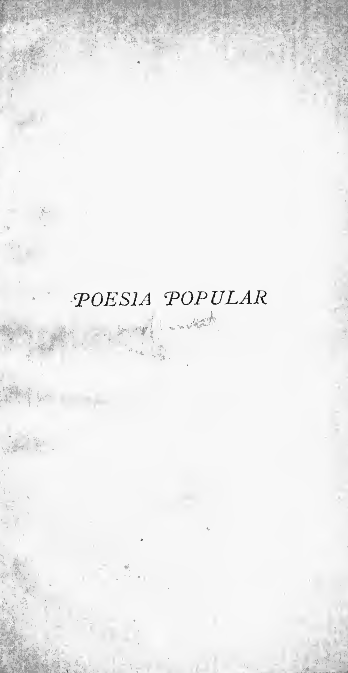




POESIA POPULAR



Establecimiento tipográfico de FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª,
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR.
los Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier,
Tetuan 24.

POESÍA POPULAR

POST-SCRIPTUM

Á LA OBRA

CANTOS POPULARES ESPAÑOLES
(de F. R. Marin)

POR DEMÓFILO

SEVILLA: 1883

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES
Tetuan 24.



POST-SCRIPTUM

I

Dice un refran castellano que cuando el Diablo no tiene que hacer con el rabo mata moscas, y yo, que tengo el prurito, que acaso debiera llamar mono-manía, de ver un mundo de pensamientos debajo de cada una de estas, al parecer, trivialidades, creo hallar en este conocido refran una profunda filosofía que, concordando con algo que allá en mi memoria conservo como reminiscencia de un pensamiento del célebre novelista Alfonso Karr, quiero presentar á mis lectores como preliminar de este pícaro *Post-Scriptum* que tengo ahora la obligacion de escribir, cumpliendo un doble deber de amistad con mis dignos compañeros

el valeroso autor de esta obra y el no menos denonado editor de ella.

Es la filosofía, ó mejor dicho la miga, del susodichô refran que todos los progresos de la humanidad tienen, por una irritante paradoja, su origen en la ociosidad: madre ésta de todos los vicios, segun otro proverbio, es tambien, á mi juicio, en conformidad con el pensamiento del novelista francés, la causa primera de todos los verdaderos adelantos. Sin ociosos esta vida seria lo más aburrido del mundo; sin ociosos no habria poetas, ni pintores, ni filósofos, ni guerreros, ni artistas de ninguna especie; los hombres ocupados incesantemente en trabajar para procurarse el necesario sustento vivirian, con muy poca diferencia, como es de suponer que vivieron los hombres primitivos. Desde el momento, sin embargo, en que la actividad de los hombres bastó á satisfacer aquellas necesidades y tuvieron aquéllos un exceso de tiempo para dedicarlo al ocio y al descanso, el Diablo comenzó, por no estar completamente parado, á distraer sus ocios discurriendo é inventando, que era para él el menor de los trabajos posibles, el modo de matar moscas con el rabo, esto es, tentando á los mortales para que empleasen el sobrante de actividad de que dispo-

nian en mirar y observar lo que les rodeaba, con lo que descubrieron una serie de cosas y relaciones en las que, mientras estuvieron sudando y cavando, como un pobre Juan Lanas, no habian podido reparar. A estas primeras observaciones que los hombres hicieron, movidos por pura curiosidad y para entretenimiento de sus ocios, debiéronse despues grandes inventos: podré equivocarme en esto de medio á medio y dar á mis benévolos lectores una idea inexacta de las cosas; pero creo que así como á la astronomía precedió la astrología, á la química la alquimia, á la óptica los juegos de los muchachos con los vidrios, y á la máquina de vapor la observacion de la vieja ó del viejo ó del niño, que esto no hace al caso, que observó por vez primera cómo se movia la tapadera de la olla; en lo que se refiere á la materia especial en que he de ocuparme, precedieron los curiosos á los hombres de letras y que, mucho antes que D. Serafin Calderon escribiese, bajo el pseudónimo de *El Solitario,* las *Escenas y costumbres andaluzas,* y Fernan Caballero coleccionase coplas, hubieron no sólo de coleccionarlas sino áun de componerlas tambien aquella gente ociosa y desocupada que, no necesitando invertir su tiempo en la satisfac-

cion de esas que llamamos perentorias necesidades de la vida, pudieron dedicarse por curiosidad, por cavilosidad ó por gusto, á las bagatelas y fruslerías de imitar y recoger las coplas del pueblo, preparando de este modo, y á guisa del que mata moscas con el rabo, el movimiento científico á que aquellos ocios de ayer han dado lugar. Esta teoría, si así puede llamarse, ménos distante acaso de lo que enseña la ciencia y de lo que á primera vista puede presumirse, justifica que hubiera ya por los años de 1805, 1807 y 1825 un Sr. Zamacola, escribano conocido con el renombre de *D. Preciso*, y otros dos autores, que ni áun el trabajo se tomaron de legar sus nombres á la posteridad, que con otros muchos desocupados como ellos, cuyos manuscritos y libros andarán acaso comidos de polillas por esas bibliotecas de Dios, se dieron al entretenimiento de coleccionar coplas y seguidillas, trovos, polos y tiranas, que acaso ellos mismos, como gente de gracejo y donaire, lanzarian á la publicidad, acompañándolas con la guitarrilla que, segun hemos de suponer, rasguearian de lo lindo. Tales son, al ménos, segun la respetable opinion de los que en esta materia se han ocupado, los primeros albores del nuevo dia que ofrece para nuestro

desenvolvimiento literario y científico la excelente obra de mi querido amigo y compañero de fatigas el aventajado y muy distinguido escritor Sr. D. Francisco Rodriguez Marin.

No nos enseña éste, ni por mi parte he hecho tampoco prolijas averiguaciones respecto á este asunto, si tal género de coplas, ó mejor dicho, si la copla propiamente tal, ó sea la romanceada de cuatro versos octosílabos, existió como género en los siglos pasados. El mismo académico de la Historia, Sr. Lafuente Alcántara, tampoco nos saca de dudas en este punto, pues las dos coplas (1) que cita en el prólogo de su segunda edicion no bastan para acreditarnos la antigüedad de esta forma de manifestacion de la poesía popular; la primera es una copla *amorosa* que encierra una *reminiscencia histórica*, la del cerco de Baza por D.ª Isabel; en cuanto á la segunda, más bien parece un principio de romance que una verdadera copla;

(1) La reina Doña Isabel
Puso sus tiros en Baza,
Y yo los he puesto en tí
Porque me haces mucha gracia.

—

Á tí te lo digo, espada,
Entiéndelo tú, rodela;
El hombre que ha de ser hombre
No ha de ser largo de lengua.

pero áun siendo la primera contemporánea del suceso, y la segunda de la costumbre de llevar los guerreros espada y rodela, no bastarian para acreditar la relativa antigüedad de este género de canciones, por aquello de que una golondrina no hace verano.

No habiendo pruebas convincentes de la existencia de estas coplas en siglos anteriores, fuerza nos es atenernos para su estudio á las colecciones formadas hasta el dia. Entre ellas figura en primer término la de Fernan Caballero, hecha el año 1859.

Movióse á la recoleccion, más bien que al estudio, de este género de coplas populares doña Cecilia Bölh de Faber y Larrea, nacida en Suiza, educada en Hamburgo y casada por tres veces en Andalucía, más por un sentimiento de amor al país en donde su madre habia nacido y por ser hija del célebre comentarista del Teatro de Calderon y admirador de la poesia nacional española, que con un espíritu verdaderamente científico. El sentimiento católico, en ella tan arraigado y sincero, influyó en nuestro sentir no poco á la tarea de recolectora que le valió tanto renombre. La expresiva redondilla, cuyo autor no recuerdo ahora,

—Dícenme que vertís perlas.
—Sí señor, mas son de cobre,
Y como las vierte un pobre
Nadie se baja a cogerlas,

condensa, á nuestro juicio, el sentimiento de religiosidad y amorosa ternura que inspiró á Fernan caballero su aficion á recoger las canciones del pueblo. Con femenil sentido artístico entendió que no sólo lo puramente bello sino lo típico y característico, por serlo, era digno de ser recogido. Esta tendencia, al ménos, creemos que caracteriza á la célebre recolectora de los cuentos y poesías populares andaluces. Á ésta se debe sin duda alguna el haber sido la primera que tuvo la osadía de recoger y levantar del suelo las primorosas flores de los fértiles campos de la fantasía andaluza, holladas y despreciadas por la incuria de una serie de literatos, ineptos en su mayoría, que sólo acertaban á fingirse entusiasmados con las flores exóticas y trasplantadas de otros climas y países.

Los alemanes, aplaudiendo con razon á la inteligente y respetable dama á quien consideraban como compatriota, por ser hija de aleman y haberse educado en aquellas tierras, ensalzaron el valor de la noble tarea emprendida por

ella é iniciada por aquellos curiosos y desocupados de que os hablaba al principio.

Con posterioridad á Fernan Caballero, el laureado autor del *Trovador* y *Simon Bocanegra,* hizo resonar en el augusto recinto de la Real Academia Española los cantares del pueblo, dedicando á este asunto su Discurso de recepcion, pronunciado el 11 de Mayo de 1862. En este discurso, el Sr. D. Antonio García Gutierrez hizo preciosas observaciones acerca de las canciones populares, que consideraba «como »flores silvestres que nacen sin cultivo, pero »que suelen admirar por su frescura y lozanía, »y que dan á conocer la disposicion intelectual »de un pueblo, de modo no ménos eficaz que los »productos naturales la calidad de un terreno.» Con no escasa habilidad, el merecidamente celebrado autor dramático tejió una preciosa historia de amores en coplas, utilizando las dadas á luz por D. Preciso y Fernan Caballero, historia que ha servido, no diremos de modelo, pero sí de motivo de inspiracion á otros autores, para composiciones análogas, en las que han sabido engarzar y dar realce á las coplas del pueblo, poniendo de manifiesto que á ellas puede aplicarse la preciosa poesía de Gustavo Bécquer:

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarlas!

Hijo del pueblo, como es sabido, el Sr. García Gutierrez no sólo recogió del suelo, sino que levantó con su preciosa disertacion á las más altas esferas de la literatura erudita y semi-oficial, los cantares con que fué adormecido en su infancia y que tantas veces escuchara en el humilde y honrado albergue de sus padres. El nombre de García Gutierrez debe ir indisolublemente asociado al estudio de las coplas populares andaluzas, y forma una interesante página de esa historia que, comenzando en algunos hombres curiosos y más ó ménos desocupados, llega hoy hasta la obra á que estos mal perjeñados renglones sirven de post-scriptum. El discurso del Sr. García Gutierrez, cuyas apreciaciones sobre el origen de la rima no podemos entrar á discutir aquí, abrió, no ménos que la Coleccion de Fernan Caballero, nuevos horizontes al estudio de las coplas populares, contribuyendo acaso tambien á decidir al Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara á la publicacion de su *Cancionero* en 1864, que contenia ya, entre se-

guidillas y coplas, propiamente dichas, cerca de cinco mil.

Si el amor al suelo en que viviera y á la gente humilde inspiraron á D.ª Cecilia Bölh, y el amor al pueblo y á su orígen á García Gutierrez, el deseo de llevar á la corriente general de producciones literarias estas breves cuanto interesantísimas composiciones decidieron al distinguido académico á establecer ya en su *Cancionero* un plan de clasificacion que, aunque imperfecto, dió á su obra una importancia literaria mucho mayor que la de su digna antecesora. La obra del Sr. Lafuente Alcántara obligó ya á todos los amantes de la literatura á fijar su atencion en este género de producciones que habia encontrado ántes, y encontró áun más por aquella época, imitadores entre los poetas eruditos. Una nueva edicion de esta obra, que se distinguió de la primera por llevar en la portada el título de *segunda edicion,* vino á demostrar que el trabajo del Sr. Lafuente Alcántara no habia sido perdido, y que los extranjeros habian visto con gusto que los trabajos de Fernan Caballero habian sido semilla de más sazonado fruto.

Desde esta época, ó sea desde el año 1865 en adelante, no sólo la belleza de algunas, sino el interés literario de las coplas populares andalu-

zas, hallábanse reconocidos por todos. Los amantes de las letras patrias teníamos ya asunto para nuestros estudios. El acreditado pseudónimo de una delicada é inteligente señora, la respetabilidad de un dramático insigne y de un académico de la Historia, habian hecho ya simpático y no despreciable el estudio de estas producciones. Los que por aficion, y áun por abolengo, éramos aficionados al estudio de la poesía popular, en que mucho ántes que Fernan Caballero y Lafuente Alcántara se habian ocupado distinguidos literatos castellanos y catalanes, teníamos tela cortada para nuestras investigaciones. Si á la tarea de recoleccion nos veíamos tambien solicitados, más era que por instinto de imitacion ó por necesidad de materiales, por esa otra necesidad que sienten los aficionados á estas materias, de recoger por sí propios las producciones que estudian, y ¿á qué no confesarlo? porque á los que hemos nacido en esta bendita tierra, más nos complace el divertirnos que el estudiar. Lo cuerdo, lo aleman, que es su sinónimo en este caso, hubiera sido estudiar los cancioneros publicados, ya que tanto D.ª Cecilia Bölh como D. Emilio Lafuente Alcántara, no se habian tomado el trabajo de hacerlo. La pasioncilla aquella, sin embargo, y el

andalucísimo defectillo aludido, nos movieron á recoger, eso sí, fielmente de los labios del pueblo, nuevas coplas para comenzar nuestro estudio. Hasta cuatro ó cinco mil recogí por entónces de las provincias de Cádiz, Huelva y Sevilla, y más especialmente, de esta poblacion, tarea que consideré indispensable para prepararme á los sérios y concienzudos estudios que proyectaba; estudios que ¡oh dolor! no llegaron acaso á una docena de artículos que publiqué en los años de 1869 y 70 en la *Revista de Literatura, Filosofía y Ciencias,* de Sevilla, artículos á que precedieron unos cuatro ó cinco titulados: «El hombre del pueblo» *(Apuntes para un estudio)* que vieron la luz pública en el periódico *Un Obrero de la Civilizacion,* que fundé en Madrid el año de 1868.

Aunque estos artículos y los anteriormente citados carecen de verdadera importancia, y han de considerarse más bien en el sentido de *apuntes,* en la plena significacion de esta palabra, que se halla en la preciosa alusion al reloj de Pamplona, *que apunta, pero no da,* creo de mi deber decir las dos tendencias que los inspiraban, á saber: de una parte, la de la enseñanza krausista, que atiende más al contenido y á la forma interna que á la forma externa ó vestidu-

ra de la poesía; y de otra, mi asentimiento á la afirmacion de mi querido é inolvidable tio el eminente literato D. Agustin Durán, de que *la emancipacion del pensamiento en literatura es la aurora de la independencia, y el síntoma más expresivo de nacionalidad.*

Circunstancias que no importan para nada, y de que hago caso omiso al benévolo lector, cavilaciones filosóficas y la inmensidad de obstáculos que se opusieron, para hacer una clasificacion acertada de las coplas, á mi *magistral pereza,* que no á mi *superior inteligencia,* como tan galantemente asegura mi querido compañero el Sr. Rodriguez Marin, hiciéronme abandonar por el año 1872, no sólo la recoleccion y estudio de las coplas, sino el de los cuentos que empecé á publicar con mi inolvidable compañero el Sr. D. Rafael Alvarez Surga, con criterio en mi sentir de entónces, tan filosófico, como detestable en realidad, dados la tendencia y carácter hoy verdadamente científicos de estos estudios, en los que acaso jamas hubiera vuelto á ocuparme sin una série de circunstancias inopinadas que dieron ocasion, entre otras cosas, á que tuviera el gusto de conocer al distinguido autor de esta obra.

El deseo de complacer á unos queridos ami-

gos que redactaban por el año de 79 una Revista científico-literaria titulada *La Enciclopedia*, de Sevilla, incitóme nuevamente al género de estudios de que estaba, como he dicho, desde el año 72 completamente apartado; entre estos amigos, á quienes alude ventajosamente el distinguido profesor austriaco Dr. Schuchardt en su preciosa monografía *Die cantes flamencos*, descollaba entre todos por su amor é inteligencia para el estudio del género popular el señor D. Francisco Rodriguez Marin, poeta y fácil escritor desde edad muy temprana. La comunidad de nuestras aficiones despertó entre nosotros una viva simpatía que nos movió á sentar plaza de voluntarios en dicha Revista, en la que conseguimos, no sin grandes dificultades y tener que sufrir las infinitas majaderías de una llamada con razon *generatio æquivoca* por el sabio austriaco, generacion de alma gastada y botas de charol, que hubiera dicho muy atinadamente Espronceda; conseguimos, repito, con el valeroso auxilio del jóven y discreto autor de esta obra y el de los Sres. Sendras, Barbado, Laborda y algunos otros redactores de la dicha Revista, fundar una *Seccion de literatura popular* que, continuada con inquebrantable constancia durante dos años, valió á los directores

de esta Revista los plácemes y alabanzas de toda Europa, elogios que no me atreveré á llamar merecidos por la parte activa que tomé en sus trabajos. Puedo, sin embargo, asegurar con cartas y publicaciones italianas y alemanas, que tengo á la vista, que mi buen deseo produjo al ménos el feliz resultado de que Köhler, el sabio más entendido en cuentos populares de toda Europa, llamara *magistral* al artículo de mi querido compañero Sr. Marin, titulado *Cinco cuentezuelos populares andaluces*, y que de otro de los trabajos de este compañero mio de fatigas, hiciera el *Magazin das Auslandes* elogios no ménos encarecidos: elogios que llegaron al extremo de asegurar aquella publicacion, que era la *Enciclopedia de Sevilla* una fuente indispensable de consulta para cuantos se dedicaban en Europa al estudio de la literatura popular.

Una circunstancia, por demás favorable al logro de todas mis aspiraciones, que eran las de encender en unos cuantos corazones generosos el amor por la literatura popular, fué la visita á esta ciudad del célebre profesor de Graz, doctor Schuchardt, á quien debí, que en esta clase de deudas á nadie cedo mi puesto, y debió poco despues mi querido compañero el Sr. Rodriguez Marin, la série de relaciones que hoy

poseemos con los principales mitógrafos de Europa.

El Dr. Schuchardt, que tiene por distintivo de carácter la verdadera modestia, la nobleza y la sinceridad propia de los hombres sériamente científicos, no sólo nos favoreció con las valiosas relaciones literarias que en toda Europa poseia, sino que desplegó ante nuestros ojos inmensos horizontes de conocimientos, para nosotros hasta entónces ignorados, ó, cuando más, levemente vislumbrados por ese exceso de luz que el sol de Andalucía acumula aquí hasta en el cerebro de los hombres más rudos.

Las relaciones adquiridas con los principales mitógrafos de Europa, como consecuencia de la campaña un tanto febril que hicimos en *La Enciclopedia* durante los años de 1879, 80 y principios del 81, obligáronnos, especialmente á mi querido compañero el Sr. Marin y á mí, á proveernos de unas como especie de *tarjetas*, con que poder corresponder á los folletos y artículos que casi semanalmente recibíamos. A esta verdadera necesidad respondió el precioso folleto de mi amigo, titulado *Juan del Pueblo*, ya ventajosamente conocido, y mi *Coleccion de enigmas y adivinanzas* y la de *Cantes flamencos*, en la que especialmente me propuse facilitar á

mi excelente amigo el Sr. Schuchardt, algun material escrito que pudiera servirle de motivo para sus investigaciones filológicas y fonéticas. De esta obrilla, que apénas cuenta unas novecientas coplas, entre *soleares, seguidillas gitanas, martinetes, serranas, polos, cañas*, etc., recogidas en gran parte de boca de los mismos cantadores, y de unas doscientas cincuenta á trescientas notas, en su mayor número *explicativas*, jamás me mostraré bastante satisfecho, no por su escaso mérito intrínseco, sino porque ella ha servido de motivo á la, áun á juzgar por lo poco que de ella he visto traducido, docta y preciosa monografía de mi citado amigo, titulada *Die cantes flamencos*, que ha de servir, cuando tengamos la dicha de que se traduzca completa al español, de inmensa utilidad á los que en adelante se dediquen al estudio de la fonología andaluza, para la que tan buen servicio ha de prestar tambien la excelente obra *Cantos populares españoles*, del Sr. Rodriguez Marin.

II

Nació, como por el prólogo saben nuestros lectores, la idea de hacer esta obra, anunciada

ántes de hoy con distinto título, del amor de mi amigo á las producciones del pueblo, cuyo mérito estético, como poeta, tenia excelentes condiciones para apreciar, y de la deficiencia de las colecciones de Fernan Caballero y Lafuente Alcántara, anteriores al año de 71, en que ya el Sr. Marin estimaba en lo que valia el delicado aroma de esas silvestres flores del que llama acertadamente el Sr. Valera «lozano huerto de la fantasía popular.» Los años que trascurrieron desde este primer deseo, que puede considerarse como el verdadero gérmen del libro en que nos ocupamos, y el año 79, en que el Sr. Marin y yo, no sólo trabamos amistad, sino que sostuvimos juntos y como voluntarios sin haber, la formidable campaña de la *Enciclopedia*, vigorizaron en el que era casi un niño por el 71, su generoso afan de avalorar para siempre esas tan interesantes como fugitivas creaciones de la musa popular, á que el pueblo llama coplas, y sus imitadores los eruditos, cantares. La conviccion de que á este generoso ardimiento acompañaban las excepcionales dotes, no sólo de recolector inteligente, sino de ilustrado y erudito comentarista, que adornan á mi compañero, me impulsaron desde luego á poner á su disposicion las coplas que conservaba, que no creo lle-

gasen ni con mucho á la cifra de tres ó cuatro mil, por habérseme estraviado, cosa en mí no desusada, algunas de las colecciones parciales que cuando me dediqué á esta tarea me remitieron. No hubo, pues, en mí desprendimiento de ninguna clase en ceder unas cuantas coplas á quien tan felices disposiciones mostraba para su estudio; antes por lo contrario, en cederlas y desistir de mi ya olvidado empeño de comentarlas y anotarlas por mí mismo, dí pruebas de egoismo, por cuanto con este acto satisfice el mayor de mis deseos, que era ver propagarse y difundirse las que fueron aficiones de mi niñez. En este punto, confieso que estuve hasta tirano con mi amigo: sin disimularle las dificultades con que habia tropezado para hacer de las coplas una clasificacion medianamente acertada, de tal modo le impulsé á la realizacion de su empresa, que apénas si hubo artículo en que de coplas, y áun de otras producciones populares me ocupara, en que no anunciase la publicacion de su *Novísimo cancionero*, exhortándole hasta el enojo y el aburrimiento, y encareciéndole una nueva teoría, que tengo hace algunos años, respecto á clasificacion, y que es completamente opuesta á la que el año 69 profesaba. Hoy entiendo que, dado el estado en que se encuentra

este género de estudios, cualquiera clasificacion es buena: porque no son ya, como afirma con mucha razon en su erudito prólogo mi querido amigo, motivos puramente literarios y estéticos los que nos mueven á este género de estudios, sino que en él hallan motivo de interesantísimas investigaciones tanto el literato como el psicólogo, tanto el estético como el historiador, tanto el filólogo como el que aspira á conocer la biología y desenvolvimiento de la civilizacion y del espíritu humano. Bajo este criterio, acaso equivocado, pero amplísimo, mil veces he incitado á mi amigo á que no considerase la mayor ó menor perfeccion del plan taxonómico como obstáculo para la publicacion de su obra. *Acepte usted cualquiera, á condicion de hacerla pronto,* ha sido mi predicacion constante.

El Sr. Marin, sin embargo, al deferir á ella, ha sabido encontrar una base tal, que, no ya los descreidos como yo en este punto, sino áun los más descontentadizos y escrupulosos, han de darse por satisfechos con ella. El Sr. Marin, considerando al pueblo, á que en mis primeros artículos llamaba la *humanidad niña*, como una sola personalidad, clasifica sus producciones segun las distintas épocas de la vida, método que nos permite estudiarlas con cierta racional

independencia unas de otras; y digo cierta independencia y no absoluta, porque llamando *Cancionero* á su conjunto, puede estudiarse todo él por un determinado aspecto, con gran provecho de la ciencia á que pertenezca la determinada faz bajo que se estudie. Para el fonético, por ejemplo, si bien las rimas infantiles y áun los ensalmos y conjuros, pueden tener cierto interés especial que no tienen las coplas amorosas, las religiosas ó morales, en tésis general y sin hilarlo demasiado delgado, puede asegurarse que tienen todas un mismo interés. Donde quiera que haya un fenómeno fonético perfectamente consignado, allí hay material de estudio para el que se dedica á fonética; donde quiera que haya una copla bella, allí hay material de estudio para el estético; donde quiera que haya un modismo, una frase, una construccion sintáxica, una palabra tomada en acepcion distinta de la erudita, allí hay motivo de estudio para el gramático. Empero la acertada clasificacion de nuestro amigo es por extremo útil bajo otro concepto, el ideológico; así, por ejemplo: el que desee conocer el sentimiento religioso de un pueblo, acudirá primero á sus cantares religiosos; el que desee conocer cómo ama, ódia y sufre, acudirá respectivamente á cada

una de las secciones en que se halla dividido este libro. Bajo la idea capital que ha presidido á esta clasificacion, el gran grupo de *coplas amorosas* representa genuinamente al *pueblo amando*, y bajo de este concepto general, al pueblo *requebrando*, etc. Esto, no obstante,—y aquí la explicacion de la que llamaré, no mi nueva teoría, sino mi nueva idea respecto á clasificacion, y que hace más comprensible el aserto de que, dado el estado de estos estudios, todo sistema es bueno,—si observamos un poco las producciones contenidas en esta obra como en las hechas anteriormente, tanto en España como en el extranjero, veremos que fuera de la seccion de cantares religiosos, verbi-gracia, hallamos coplas verdaderamente religiosas; sin que esto sea defecto por parte del autor, sino deficiencia imprescindible por la naturaleza misma del asunto. Y ya que he citado este ejemplo, como pudiera citar otro cualquiera, y puesto que no he de ser sospechoso en la materia, quiero llamar la atencion sobre lo ligero que anduvo el Sr. Lafuente Alcántara al apreciar la religiosidad del pueblo en que vivía por el número relativamente escaso de coplas religiosas que encontraba; ligereza en que pudiera incurrir tambien el lector de esta obra, á juzgar por el

número, al parecer exíguo, de coplas del mismo género que en él figuran. Para fijar la atencion de los lectores sobre este punto, y que no se achaque á torcida intencion de mi querido amigo lo que es cosa perfectamente natural y explicable, voy á hacer algunas ligeras observaciones sobre este punto, sin duda interesante é íntimamente relacionado con mi aparente excepticismo en lo que se refiere á métodos de clasificacion. Es la primera observacion que quiero hacer sobre este punto, y en la cual empiezo ya á indicar algo de la inmensa y trascendental importancia de la obra en que me ocupo, que si bien todas las producciones populares dan á conocer la naturaleza del sugeto que las crea, cada una de ellas muestra ó pone de manifiesto más especialmente una modalidad, una parte, un carácter de ese sugeto: así, por ejemplo, la adivinanza, la ocurrencia y la pega son más útiles para mostrar el ingenio, que la saeta, ó la copla, ó el refran; sin que esto quiera decir que no haya, como hay en efecto, refranes y coplas que son verdaderos dechados de ingenio. Cada una de las producciones de la musa popular, y cada uno de los actos de la vida del pueblo revelan más especialmente una de las que llamamos facultades y funciones anímicas. Así, la copla re-

vela el sentimiento; el refran, la razon; la ocurrencia, el ingenio, etc., en tanto que consideramos dichas creaciones como producto del espíritu popular; mas si luego, atendemos más bien al contenido de aquéllas, observamos que mientras en el juego y las fiestas se perpetúan, por ejemplo, las costumbres de civilizaciones pasadas, ciertas producciones sirven más para el estudio de la geografía, de la agricultura, de la botánica, de la aritmética popular, que otras. De este modo, el que desee conocer los productos y mercancías de un pueblo, en un período dado de su historia, estimará en más una buena coleccion de pregones que una de coplas; como el que desee conocer el saber agrícola de una comarca, acudirá primero á los refranes de agricultura, que andan en boca de los rústicos y campesinos, que al estudio de los epitafios y fórmulas religiosas populares, usados en los entierros y duelos de dicha localidad. Es, por tanto, lo primero que debe proponerse quien desee conocer sinceramente la mayor ó menor religiosidad de un país dado, por el estudio de las composiciones populares, á qué clase de estas producciones debe acudir para informarse de su asunto; porque si se dicidiera á formar juicio por el estudio de una sola clase de estas composiciones, po-

dria verse tan chasqueado como el que pretendiese conocer el precio de las mercancías de un país por el estudio de sus Cancioneros.

El que quiera conocer el carácter religioso de Andalucía, verbi-gracia, creo que hallará muchos más elementos para su objeto estudiando las fiestas populares religiosas que se celebran en los pueblos, bien en ocasiones tan señaladas como las de Navidad, Semana Santa, Córpus, dias de San Juan, S. Pedro, la Candelaria, la Purísima, la Cruz de Mayo y patronos de los pueblos, que en un libro de coplas, por más que en éste pueda encontrar saetas y algunas de las canciones propias de dichas festividades. Tambien importa no olvidar que conviene distinguir entre lo que el hombre culto considera religioso, y el concèpto general y ordinario que de religion tiene el pueblo; toda vez que, por tocar este ramo precisamente á la esfera de la creencia, se liga estrechamente con el de las *supersticiones*, y que muchas veces, casi siempre, hallamos en los cultos profesados en un país como verdaderos, los elementos de otros cultos y de otras religiones que tambien en otro tiempo se tuvieron por verdaderos y hoy se tienen por falsos. Por lo demás, si el concepto religioso es algo que expresa la rela-

cion más íntima del hombre con la divinidad, y esta relacion se manifiesta en razon directa de su impotencia espiritual, es claro que debemos buscarla en el umbral de la vida, y en el último peldaño de ella, que es cuando, al parecer, la debilidad del hombre necesita más de este consuelo; por eso, quien quiera sumar las coplas religiosas no sólo de esta obra, sino de cualquiera otra coleccion, debe echar una ojeada por toda ella, ántes de asegurar cuál es el sentido religioso del pueblo que estudia. En las coplas de cuna encontramos, entre otras, la siguiente:

En la puerta del cielo
Venden zapatos
Para los angelitos
Que están descalzos.

En las rimas infantiles:

Anda, niño, anda,
Que Dios te lo manda.

¿Podrá negarse á estas coplas un carácter profundamente religioso? ¿No lo son, por ventura, en mayor grado que las mismas *saetas* con que el pueblo procura representar nuevamente ante su fantasía los hechos de la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo? ¿No es reli-

giosa la magnífica del marinero que, en los supremos momentos de peligro, ó mejor dicho, despues de vencidos, dice, recordándolos:

El que no sepa rezar
Que vaya por esos mares,
Y verá qué pronto aprende
Sin enseñárselo nadie?

¿No lo es tambien, y de primer órden, la del hijo que, junto al lecho de su madre moribunda, á la que van á administrar el último Sacramento, canta, ó mejor dicho, reza:

¡Jincarse e roíyas
Que ya biene Dios:
Ba á resibirlo - la mare e mi arma,
E mi corason!

Vese, pues, la necesidad, que anteriormente indicábamos, de estudiar cada coleccion toda ella bajo un solo aspecto, si han de ser completamente fructuosas nuestras investigaciones. Y cuenta que con lo dicho no pretendo envolver la más leve censura para mi compañero por no haber incluido estas coplas entre las religiosas y sí entre las de cuna, rimas infantiles, marineros y penas filiales; quiero tan solo hacer patente la necesidad de estudiar todas las producciones populares bajo cada uno de sus múl-

tiples aspectos, antes de lanzarse á emitir fallos aventurados y á decidir si el pueblo, de que son hijas, tiene ó deja de tener tales ó cuales ideas, lo cual requiere una série de investigaciones por todo estremo prolijas.

III

Volviendo ahora al método de clasificacion de nuestro amigo, que consideramos, como hemos dicho, no sólo aceptable sino bueno, porque descansa sobre un criterio conocido, el de considerar al pueblo como un individuo mayor, vamos á echar una ligera ojeada á los otros términos de la clasificacion que acaso pudieran aparecer á algunos como ménos aceptables, por no descansar en aquella base. El Sr. Marin que, comenzando por las coplas de cuna, presenta luego en los tomos segundo y tercero y principios del cuarto el proceso amoroso de Juan del Pueblo, que termina en el matrimonio y en las coplas llamadas penas filiales, establece despues una série de secciones de coplas que parecen desdecir un poco del plan adoptado; pero que hacen, agrupadas, del tomo cuarto, excep-

cion hecha del primero, el tomo más interesante de la obra. Cada uno de los grupos aludidos es de gran interés para los que buscan en las coplas populares, más que modelos de inimitable belleza, un medio seguro de conocer las costumbres, el carácter y el modo de ser del pueblo que les da vida. Conociéndolo así, mitógrafos eminentes de otros paises, literatos muy eruditos del nuestro, han admitido varias ó algunas de estas subdivisiones, haciendo motivo de muy serias investigaciones las coplas de *presos* y las geográficas ó *locales*. Son, en efecto, las primeras, como las de *marineros* y *mineros*, sumamente interesantes para enseñar á los que vivimos en tierra firme y gozando del mayor de los goces, que es el de la libertad, la necesaria y fatal influencia que ejercen sobre el carácter y los sentimientos el vivir secuestrado entre cuatro muros que les separan del resto de sus hermanos ó contínuamente expuestos á los grandiosos peligros que ofrecen la vida marinera y el pasar los mejores años de su existencia privados de la luz del sol, tan necesaria hasta para las mismas plantas que sobre la tierra crecen: género de vida singular y tristísimo que recuerdan tan perfectamente estas coplas:

Con qué pena vivirá
La mujer del marinero,
Que al pié del palo mayor
Tiene pagado su entierro;

y la ternísima, que dice:

Pobrecito e los mineros,
Lástima les tengo yo,
Que se meten en las minas
Y mueren sin confesion;

y la muy popular del preso:

La libertá y la salú
Son prendas de gran balía;
Ninguno las reconoce
Hasta que las be perdías;

de cuya profundidad raramente podemos darnos cuenta los que libres y sanos y disfrutando de los goces que nos proporciona el metal que la tierra atesora en sus entrañas, no hemos visto las minas más que por la boca, ni la cárcel más que por de fuera, ni los horrores de un naufragio más que en los cuadros que engalanan nuestros museos.

La vida de la cárcel, la de las minas y la del marino, no sólo ejercen una influencia sobre los que se encuentran sometidos á ella, sino que encierran secretos y misterios y suministran conoci-

mientos de fenómenos que son ricos raudales de inspiracion y de poesía: así lo comprueban la série de bellísimas leyendas y tradiciones de todos los pueblos, climas y paises relativos á sílfides y sirenas, náyades y ondinas que pueblan los cielos de la mitología helénica, no ménos rica que esta mitología cristiana, transformacion de aquella, llena de vírgenes y santos y arcángeles y querubines. El Sr. Marin, siguiendo las huellas de Pitrè, el ilustre recolector de las tradiciones, cantares, cuentos y fiestas del pueblo siciliano; de Apolo Lumini y de otros mitógrafos, no ménos eminentes, dedica con razon una seccion de su *Cancionero* al estudio de las coplas de cárcel, por cuyas coplas puede colegirse un tanto el estado de nuestro sistema penitenciario y el de los establecimientos en que se corrigen y mejoran á los hombres que en España tienen la desgracia de delinquir. Las coplas de cárcel suministran una interesante página de estudio para el que desee conocer á fondo la historia de la cultura española, y la seccion que trata de *soldados* otra, no ménos curiosa, para conocer la vida del *cuartel*, donde tambien como en la cárcel y á bordo, se tejen alguno de los primorosos hilos de la que constituye nuestra pomposa historia nacional.

Lo dicho, y lo que la inteligencia del lector ha de suplir, basta seguramente para justificar los dos extremos que me proponia respecto á clasificacion, á saber: que mi compañero ha estado acertado en la empleada, y que toda otra hubiera sido tambien buena á cumplir con el requisito que esta cumple, que es agrupar las coplas análogas, bien bajo el aspecto del sentimiento que las inspira, bien bajo el de la materia á que se refieren; no olvidando, sin embargo, ni por un momento, la salvedad hecha, y tambien declarada por mi discreto amigo en su lindo *Prólogo*, de que una misma copla puede caer, y en efecto cae, bajo dos aspectos distintos; por más que para mí no ofrezca duda la clasificacion de las cinco que inserta en dicho Prólogo, todas las cuales son, en mi sentir, *amorosas* á carta cabal, siquiera la primera encierre un *recuerdo histórico*, la segunda una *referencia local*, y la quinta y última una graciosa alusion á Santa Rita, Santa deliciosa, encargada de hacer patente que el pueblo español tiene, como el griego genios y diosecillos, santos y santas para todo, hasta para *los imposibles.*

IV

Dejándo ahora, para no volver más á él, el estudio de la clasificacion aceptada por mi amigo, que aplaudo sinceramente, y, por tratarse de un compañero, aún con más gusto y placer que los ilustres portugueses é italianos, que ya la han aplaudido merecidamente en sus más acreditadas revistas, quiero decir algo de lo que entiendo por copla y lo que debe entenderse respecto á las denominaciones que se dan á éstas con el aplauso y consentimiento de todos, y, aunque nada signifique, el mio el primero. Y aquí me atrevo á pedir un poco de atencion á los lectores; porque temo, tal es mi torpeza, que á no prestarme mucha, y prestármela de muy buena voluntad, no he de acertar á esplicar mi pensamiento, que les presento con tanta rectitud de propósito como desconfianza del acierto. Para ello quiero establecer antes, como base que dentro de la division, utilísima para entendernos, que comunmente hacemos entre los distintos géneros literarios, la poesía popular es, con relacion á la erudita, *épica*, expon-

tánea, desinteresada, y, por lo tanto, ménos artificiosa y expuesta á ser influida por condiciones de edad, sexo, clima, etc. Un hombre del pueblo español, al poetizar, poetiza bien ó mal, segun el modo y carácter español. Un poeta erudito, pudiendo con mayor facilidad sustraerse á las influencias del país en que vive, puede más fácilmente poetizar á la alemana, á la francesa, á la italiana; esto es: segun el gusto de las naciones en cuyos libros lee y se inspira: condicion que señala una diferencia estimabilísima para el aprecio de la poesía erudita y la popular.

Si la nota distintiva de lo épico es lo objetivo y el *quid* del poeta épico está en cierta especie de pasividad que, por decirlo así, lo convierte en espejo, cuya mision no es otra que reflejar la imágen de los objetos que pasan por delante de él, es en mi sentir evidente que Juan del Pueblo debe ser un poeta predominantemente épico. Esto, no obstante, como este Juan del Pueblo no es en definitiva más que una serie de Juanes, Juanitos y Juanillos que nacen y mueren continuamente para dar lugar á otros Juanillos, Juanitos y Juanes, que asi perecen y retoñan, como los brotes de los árboles dentro de aquel gran Juan á quien yo, como mi querido amigo, tanto amo, y hay infinidad de Juanes que se mueven

y agitan y lidian y pelean, confúndensey revuelven, distínguense y separan, la poesía épica del pueblo, como todo, se subdistingue y *Juanifica*, por decirlo así, engendrando lo que los filósofos llaman lo vario dentro de lo uno, lo que literariamente pudiéramos llamar lo lírico dentro de lo épico; pues áun cuando bien se me alcanza que considerando al *pueblo poeta* como un gran espejo, habré de considerar á cada indivíduo del pueblo como un espejillo que refleja sólo la parte de imágen ó imágenes que se le pongan por delante, es lo cierto que, en tanto que este espejillo refleja ya una parte sola de la figura que aquel copió en su centro, limita su campo de reflexion y *lirifica*—permítaseme tambien esta palabra dentro del convencionalismo literario reinante,—su poesía. La copla romanceada octosílaba, por su brevedad y especial estructura, responde, en mi sentir, á esta condicion: el hombre del pueblo no refleja en la copla más que su propio sentimiento; la copla es, dentro de límites convencionales, una poesía lírica dentro de lo épico; lo ménos lírico, si se quiere, dentro de lo lírico, lo ménos épico, si se quiere, dentro de lo épico. La copla, por lo quellamaria un filósofo su esencialidad, es afectiva siempre; sin que á esto obste que, por un convencionalismo, áun

más útil que el aceptado para la division de los géneros literarios, la llamemos *geográfica, local, sentenciosa, histórica, carcelaria,* etc. Lo que engendra siempre la copla es un sentimiento.

Sevilla para regalo,
Madrid para la nobleza,
Para tropa Barcelona,
Para jardines Valencia,

es para mí una copla tan completamente afectiva, aunque la calificaran de geográfica todos los Estrabones del mundo, como la que dice:

Te quiero más que á un divé,
Más que á mi pare y mi mare,
Y, si no fuera pecado,
Más que á la Vírgen del Cármen.

Un afecto de amor, de ódio, de desden, de cariño, de ternura, es el que produce siempre la copla:

Del pellejo del Rey moro
Tengo de hacer un sofá
Para que se siente en él
El Capitan general.

—

De las patillas de un neo
Tengo de hacer una escoba
Para barrer los cuarteles
De la milicia española.

Con las bombas que tiran
Los fanfarrones
Hacen las gaditanas
Tirabuzones.

—

Viva Cádiz porque tiene
Las murallas hácia el mar
Y los cañones mirando
Al peñon de Gibraltar.

—

Los carlistas en el monte
Van diciendo ¡Viva Dios!
Vamos robando y matando,
Que esta es nuestra religion.

—

El mandamiento carlista
Que ha salido en la faccion,
El que lo quisiera oir
Ponga un rato de atencion.

El primero amar á Dios,
Que es sobre todas las cosas,
A Don Cárlos de Borbon
Y á Margarita su esposa.

Sin amor á la patria, ni lastimaria aún la pérdida de Gibraltar, ni el bombardeo de los franceses, y el indómito valor de los moros produciria otra cosa que dolor y espanto en vez de desprecio. ¿Puede, sin embargo, negarse que de las siete coplas anteriormente citadas, tres

aluden á hechos históricos conocidos, como el bombardeo de los franceses, la guerra de África y la batalla de Gibraltar? ¿Puede dudarse que las coplas que dicen:

Los zapatos tengo rotos
De subir á la azotea,
Por ver si veo pasar
Al valiente Salvochea;

y

Por la puerta e la Carne
No se puede pasar,
Que está allí Mingorance,
Carreró y Pierrad,

aluden á hechos ocurridos durante el movimiento cantonal, y son positivamente una página de nuestra historia contemporánea? ¿Podrá censurarse á nadie que clasifique estas coplas entre las históricas? En modo alguno. Nuestra historia toda, como dice elocuentemente el Sr. Costa en su libro *Poesía popular*, proyecta su sombra sobre nuestros cancioneros. No obstante, un afecto, un sentimiento, es lo que da siempre vida á estas coplas efímeras, como el mismo Sr. Costa observa con profunda razon, y este Cancionero y los anteriores confirman. Tal efimeridad, sin embargo, confirma á nuestro juicio la verdadera intuicion

del sabio profesor de la Institucion Libre, y la observacion, en nuestro sentir de inmensa trascendencia, del ilustre mitógrafo italiano, de que las coplas que se llaman históricas son siempre contemporáneas del sucéso que cantan, no quedando despues de éste más que *reminiscencias* y *recuerdos*, que tambien en las coplas se conservan. Estos recuerdos, como todo el caudal de conocimientos, tanto de hechos ó fenómenos, como de leyes físicas ó sociológicas ó morales, integran despues, no sólo las coplas, sino todo género de producciones populares. Las dos coplas amorosas, á que antes nos referimos y que dicen:

La reina Doña Isabel
Puso sus tiros en Baza,
Y yo los he puesto en tí
Porque me has caido en gracia.

—

A tus ojos le llaman
Sierra-Bullones,
Que pelean por ellos
Los españoles.
Y con sus rayos
Iluminan y alumbran
Hasta el Serrallo,

son dos alusiones evidentes á la guerra de Africa y á la toma de Baza por Doña Isabel I: coplas que, en tanto que lo que guardan son ya

reminiscencias ó recuerdos, pueden no ser, como de hecho no lo son, contemporáneas del suceso, sino más ó ménos posteriores. Lo efímero de los sentimientos y de los hechos que los promueven, justifica que las coplas llamadas *históricas*, sean, relativamente á las de otras secciones, pocas, y no deban llamarse en puridad de verdad realmente tales, sino es para ir fijando la atencion distraida de los hombres literatos y científicos, respecto á la inmensa importancia de coleccionar estas producciones, en las que tambien queda algo, *la sombra de la historia nacional:* que no hay hecho, no ya de grande, sino de escasa importancia, que no produzca ese género de cancioncillas efímeras, en que el pueblo va apuntando hasta los acontecimientos y hechos al parecer más fútiles de su vida, no de otro modo que, dentro del hogar, forman época las ocurrencias del niño, las calaveradas del jóven, el novio que pasea la calle á la doncella, y tantas y tantas otras bagatelas que unidas constituyen la rica y primorosa trama de la vida. Así, por ejemplo, hoy es imposible dar una vuelta por Sevilla sin oir cantar á cada paso por calles y plazuelas, y en los salones de baile y música populares, el tango nada edificador de los *corrucos*, especie de al-

mendrados de cierta forma y confeccion especial, que están produciendo una verdadera *epidemia literaria.* Un hecho criminal que reviste ciertas condiciones, un invento por fútil que sea, la introduccion de un adelanto cualquiera que cambie ó altere en lo más mínimo el modo de ser ordinario y habitual y las costumbres de un pueblo, producen una série de coplejas, músicas y canciones que hacen de las colecciones en que se contienen archivos, no ménos interesantes para conocer la vida íntima de una localidad, que la prensa periódica. Estas canciones, que son, por decirlo así, las verdaderas gacetillas de cada poblacion, son mucho más interesantes, en mi sentir, para conocer la historia del pueblo, que esas otras llamadas históricas, en que se conservan los recuerdos y reminiscencias de hechos memorables, como la guerra de la Independencia, la civil, la de Africa, etc. Para estos otros hechos hay otra fuente de consulta mucho más interesante para el historiador: me refiero á nuestros romances; en ellos, que no en las coplas, pregones, ocurrencias y demás composiciones, por lo breves más fugitivas y ménos duraderas, está, no lo que yo llamaria historia, sino la narracion de los hechos de verdadera importancia nacional.

Los romances, tradiciones y leyendas, merecen, con más razon que las coplas, el título de históricos; en ellos se encuentra, no la epopeya española, sino los elementos de ésta, si es cierto, como creo, que la epopeya no se forma por adicion sino por integracion, creencia que amplío, acaso equivocadamente, á todo género de producciones populares, difiriendo en esto de la teoría dignísima de estudio, del ilustrado profesor de la Institucion Libre, para quien la copla es como un desdoblamiento del refran. Es esta cuestion harto delicada para tratarla de paso, y no tengo conocimientos bastantes para contradecirla con rigor científico; pero creo, y bajo el sólo concepto de opinable me atrevo á aventurar esta afirmacion, que no hay documentos históricos suficientes para reputar aquella teoría como cierta. La copla es para mí, y me refiero á la asonantada octosílaba, posterior al romance en la historia de nuestra literatura, y en la que considero como génesis interna de la poesía: porque, si bien es cierto que á primera vista parece más sencillo que se hayan hecho dos versos octosílabos asonantados (el refran), luego cuatro (la copla), y luego un número indeterminado (el romance), en cuyo caso el refran sería como la sílaba, la copla como la pa-

labra y el romance como la frase, por ejemplo, no resulta esto tan verdad cuando se mira al contenido, que en el refran es una máxima, por lo general, en la copla la expresion de un afecto, y en el romance la narracion de un hecho. Creo, por el contrario, que si bien un conocimiento, ó un sentimiento pueden llegar á ser elementos integrantes de una composicion más compleja que aquella en que por primera vez se hayan expresado, habiendo en este sentido coplas *refranescas,* cuentos *refranescos,* piropos *refranescos,* etc., la produccion expontánea de la copla revela que el romance ha vivido mucho tiempo en el país, dando esto lugar á que puedan despues producirse expontáneamente esas bellísimas composiciones romanceadas de carácter sintético, en que ya el fondo y la forma, el asunto y el molde en que se vacia, se hallan tan indisolublemente unidos, que hay una conjuncion perfecta entre ellas, hasta el punto de ser poco ménos que imposible el ripio, casi extraordinario en las coplas realmente populares, frecuente, en cambio, en nuestros mejores romances, tanto de ciegos, como de ingenios cultos y áun nacionales. En los mejores romances de Lope, Góngora y Calderon se encuentran ripios; en

las peores coplas, realmente populares, es casi imposible el encontrarlos.

¿Pero hay coplas realmente populares? ¿Pueden éstas distinguirse de las que los eruditos hacen á imitacion de aquéllas y á usanza del pueblo? Pues qué, dentro de este mismo Cancionero, ¿no habrá coplas, con ser tan verdaderamente perspicaz, prolijo y escrupuloso mi querido amigo el Sr. Marin, que se estén sonriendo de verse al lado de otras de innegable procedencia popular? Las hay, sin duda: mi amigo lo sabe como yo, aunque yo como él no podria en un momento dado discernir, no el oro fino del metal, que oro fino son todas las coplas buenas, procedan de quien procedan, sino la moneda hecha en el verdadero cuño y la troquelada en el cuño del falsificador, esto es: del artista que supo, sin serlo ó acaso siéndolo sin saberlo, colocarse en aquel estado en que la mente produce creaciones verdaderamente populares. Para decir sobre este punto cosa que pueda considerarse de alguna sustancia, que poca ha de tener siendo mia, y no teniendo de andaluz otro distintivo que el de la pereza, que embarga y envuelve todas mis facultades y potencias, debo decir aquí algo, aunque poco, de lo que entiendo por pueblo,

tentacion en que ya incurrí en el año de 68, en que, más que por conocimiento, por el amor que ella me inspiró, fuí fervoroso creyente en la doctrina, verdaderamente redentora, con relacion al empobrecimiento de ciencia y de ideales en que se encontraba por entonces el pensamiento español, que introdujo en España el venerable, el virtuoso, el nunca bastante llorado filósofo español D. Julian Sanz del Rio. Digo que por entónces incurrí en idéntica tentacion que hoy, afirmando que el pueblo era *la humanidad niña,* expontánea, franca, ruda, inartificiosa, dominada por el sentimiento, conservadora por el hábito, artista por el exceso de fantasía y sin otra luz para regirse y gobernarse en todas las acciones de su vida, que la razon natural y esos profundos conocimientos de gramática parda, gramática de gramáticas, que enseñan la experiencia y el tiempo, madre de verdades y fuente de ocasiones. Hoy disto muy poco de aquellas ideas, que casi me atreveria á afirmar de nuevo como verdaderas, si no disintiera de ellas en una diferencia que, aunque al parecer pequeñísima é inapreciable, como son todas las cosas en su gérmen, va agrandándose luégo hasta modificar notablemente y casi cambiar por completo

la que pudiéramos considerar como primera doctrina.

Para mí hoy el pueblo como la humanidad no existen; existen *hombres,* en grados distintos de descuvolvimiento y de cultura, en períodos distintos de vida con relacion á la vida total de los hombres, hasta el último límite alcanzado en perpétua integracion; no es ya para mí el pueblo un ser impersonal y fantástico, una especie de entelechia de que son órganos ciertos hombres á quienes por esta razon decimos *del pueblo,* sino el grado medio que resulta de la cultura de un número indeterminado de hombres anónimos, es decir, que no han tenido la energía orgánica necesaria para diferenciarse de los otros lo suficiente para tener una personalidad distinta y propia, razon que les obliga á aceptar y adoptar como suyo, completamente suyo, lo producido por otros. Á esta, que no puedo llamar suma de hombres, aunque realmente lo sea, por hallarse sometida á una contínua adicion y sustraccion, que la más primorosa de las estadísticas no acertaria á registrar, llamo *Pueblo,* tomando por punto de partida, á falta de otro mejor, lo que podria llamarse resultante de este paralelógramo de fuerzas. No es, pues, el pueblo una personalidad mayor en

la humanidad, anterior al número de hombres que rellenan, por decirlo así, esta unidad, personalidad á la cual, para que nada le falte, se la quiere ahora suponer hasta con una *mano negra*, invisible y oculta, con que castiga y venga los ultrajes á ella inferidos. El pueblo es para nosotros la série de hombres que, por las condiciones especiales de su vida, se diferencian entre sí lo ménos posible, y tienen el mayor número de notas comunes; el pueblo lo constituyen esa série de hombres de escasa cultura literaria y científica, que visten de blusa ó de chaqueta, se ocupan en ejercicios especialmente manuales, invierten su vida en tareas en su mayor parte mecánicas y con las que atienden á las necesidades de su vida; série de hombres que por gastar la mayor parte de su energía en esos trabajos y no disponer del sobrante de actividad con que cuenta el hombre que tiene satisfechas sus primeras necesidades, comunica sus afectos y pensamientos dentro de una esfera de accion más reducida, que viene á modificar ménos sensiblemente su progreso mental y á tenerle más cerca del estado primitivo del ingenio humano. No constituye, en efecto, por sí sola la chaqueta ó levita una diferencia de clase; pero es innegable, que

á no dar como ciertos, sofismas tan peregrinos como el usado para demostrar que es calvo el individuo á quien se le cae un cabello, los hombres del pueblo visten ordinariamente de chaqueta ó blusa, son pobres y consumen su energía en trabajos principalmente físicos, y tienen, por la escasez de su cultura, horizontes ménos amplios en que desenvolverse que los hombres ya más adelantados. Estas condiciones de vida y de medio ambiente dan á los hombres del pueblo condiciones mentales distintas, aunque no fundamentalmente, de los demás hombres. En ellos predominan el sentimiento y la fantasía, siendo en este sentido más poetas que los hombres eruditos y cultos, por estar más cerca de la niñez que los hombres reflexivos. Dentro de la vida del indivíduo observamos que en cada edad predomina más especialmente tal ó cual funcion anímica, mejor fuera quizá decir tal ó cual centro nervioso; el niño vive los primeros años de su vida para comer, las funciones de nutricion dominan en él y casi absorven á las otras funciones; sólo cuando el indivíduo, mediante el ejercicio de aquéllas, se ha formado, es cuando cambia de ser el modo de su actividad y tiende á relacionarse con los otros séres y á propagarse luego perpetuando,

por medio de la herencia, las conquistas alcanzadas que tuvieron tan modestos principios; y esto, que es verdad en el indivíduo, lo es tambien en ese complejo que resulta de la afirmacion positiva de todos y cada uno de los hombres, en continua relacion unos con otros, que se llama humanidad, y dentro de ella se subdistingue en humanidad *niña* y humanidad *adulta*. Á la humanidad, así entendida, en su período de niñez, lo cual no denota inferioridad en el sentido desdeñoso que se da á esta palabra, sino en el suyo propio, llamo *pueblo:* pueblo que vale tanto como el niño con relacion al hombre, y al cual es aplicable la profundísima copla que dice:

De un niño se espera un hombre
Y de un hombre un niño no.

Considerando como clase el conjunto de hombres á que llamamos pueblo, tiene notas propias que lo diferencian de esa otra clase de hombres eruditos, literatos y científicos. Como poetas, los hombres del pueblo cantan sus afectos, sus deseos y sus aspiraciones, mostrando lo que llama con razon un ilustre mitógrafo italiano *l' anima non sofisticata dal vero,* esto es, la naturaleza humana más cerca de su orígen:

con ménos velos, con diafanidad mayor, como espejo más claro del medio circundante, fielmente retratado en estas ingénitas producciones.

La poesía de los hombres del pueblo expresa siempre una relacion más directa entre el objeto sentido y el sugeto que siente, que la poesía reflexiva, en la cual el que canta es ménos esclavo de las circunstancias exteriores y del impulso que lo solicita: el hombre del pueblo canta siempre sin mira interesada, sin fin preconcebido, sin otro estímulo que el de su sentimiento; los símiles que emplea, las metáforas de que se vale, los pensamientos que integra en sus producciones forman, por decirlo así, el tuétano, la médula de su propia vida. Si es herrero, ó vive en contacto con gente de esta condicion, os dirá en sus cantares:

Fragua, yunque y martiyo
Rompen los metales.

Si es andaluz, y trata de enaltecer la belleza de tal ó cual color, os dirá:

Moreno pintan á Cristo,
Morena á la Magdalena.

Si es pastor ó vive en el campo y os quiere pon-

derar la gracia y la sazon de los ojos de su amada, os dirá:

Los ojos de mi amadora
Ni son chicos ni son grandes,
Son como las aceitunas
Cuando del olivo caen.

Para indicaros el ruido que produce una nube de langostas, os dirá:

«Como el ruido que produce una manada de cerdos al pasar por un rastrojo.»

Si os quiere mal, cantará:

Mala puñalá te peguen
Que te partan los reaños.

Si requiebra á su morena y se halla poseido, por ella, de ese sentimiento de religiosidad que el pueblo andaluz une casi siempre á la devocion de ciertas imágenes, prorumpirá así:

«¡Olé! ¡La Vírgen del Cármen! etc., etc.»

Los hombres del pueblo no saben leer, por desdicha, en su gran mayoría, y si leen es sólo en español; en su lenguaje son mucho más frecuentes los vocablos y locuciones castizos que en el de los eruditos, que admiran en inglés los dramas de Shakspeare, comunican en aleman



con el autor del Fausto, y echan su cuarto á espadas con Homero y Virgilio en griego y en latin. En el estilo, por tanto, en los vocablos empleados, en los modismos, en los giros y locuciones, en las construcciones sintáxicas, en los elementos ideales y conocimientos que integran las producciones del pueblo, se distinguen éstas de las hechas por autores eruditos: esto no obstantante, la poesía erudita, culta, y la popular, desenvuélvense paralelamente en la historia, y ejercen una sobre otra respectiva influencia, como respectiva influencia ejercen la natural y necesaria comunicacion de los hombres eruditos y los del pueblo, de los niños y de los adolescentes, de los adultos y de los viejos, eslabones todos de esa inmensa cadena, que, comenzando en el hombre salvaje, concluye en hombres ya tan civilizados como Spencer y Göthe, como Víctor Hugo y Darwin.

Dicho que el pueblo no es para nosotros una entelechia, ni una personalidad abstracta, claro es que toda poesía es siempre *individual*; que hay hombres poetas y hombres que no lo son, entendiéndose por poeta el que goza de un organismo apropósito para traducir en palabras rítmicas y bellas sus ideas, sentimientos y deseos, dando cabida en sus producciones á una

série de materiales no elaborados por él más que en una parte alícuota y pequeñísima, hasta tal punto, que más bien puede considerarse como un combinador de elementos actuales y preexistentes, que como un mágico prodigioso que sacase del *seno de la nada* una série de maravillas para embaucar á los mortales, á la usanza de los sacerdotes antiguos que tenian *ese don especial*, privilegiado empréstito de la Divinidad, lo bastante discreta para no mostrarse nunca directamente sino delante de gente tan candorosa y sencilla como los niños, á quienes aterramos ó llenamos de esperanzas con el *coco* y el *bú*, y los dulcecillos de los *reyes magos*. El hombre del pueblo que hace versos, como el erudito que los compone, no es con relacion á los demás hombres más que un organismo apto para la poesía: no crea nada de nuevo ni de original, ni hace otra cosa que condensar una série de elementos afectivos é intelectuales, de que es quizás el ménos autor de todos, en el pleno sentido de la palabra: por eso, considerando cada composicion poética como una integracion de elementos anteriores y coetáneos, la poesía del pueblo es con razon anónima, y *las variantes* interesantísimas, hasta tal punto, que casi estoy por afirmar que no

hay coplas realmente típicas, y de que, sustrayendo de cada una de ellas las notas comunes, por ser una adicion de elementos diferenciales tan leves que la vista más perspicaz no alcanza á distinguirlos, la obra del indivíduo es casi nula. Ved por un momento la sustancia de una copla, y decidme qué es lo que la constituye tal, y la diferencia de un pensamiento comun y corriente con relacion á la naturaleza humana, pensamiento que, por ser de todos, parece no ser obra de nádie.

Me da pena el pasar por donde está enterrada mi madre, mi hija, mi compañera; el recuerdo de la muerte de estos séres me hace llorar: hé aquí la sustancia de una copla bellísima, atribuida al *Fillo* y cantada después por *Silverio* y por un aficionado llamado *Pablo Morillo,* hijo del jardinero del Botánico de esta ciudad:

Por la iglesia mayor
No quiero pasar
Porque me acuerdo - de la mare mia
Y me echo á llorar.

Por puerta de Tierra
No quieo yo pasá,
Porque se me ha muerto - mi amiguito Enrique
Y me echo á llorar.

Por el chaparralito
No quieo yo pasá,
Porque se me ha muerto · mi niño e mi arma
Y me echo á llorar.

¿Cuál es aquí el elemento típico y distintivo de los individuos que han cantado y compuesto estas coplas? ¿El elemento comun y simplísimo de que la memoria recuerda con pena los lugares donde están los restos de los séres queridos? ¿La distincion de estos lugares que pueden ser, como en este caso Sevilla, Cádiz y Almonte, París, Lóndres ó Madrid? ¿El nombre de la persona muerta? ¿O acaso el *no puedo pasar?* ¿Qué verbo, que construccion, qué giro, que pensamiento hay aquí que no sea anterior á la copla y producto de una serie de integraciones infinitesimales, en que la obra del llamado artista se pierde por completo? ¿Á qué queda reducida aquí la obra del arte? Y, sin embargo, la copla es bellísima; no hacen para decir lo mismo una copla mejor los poetas eruditos. Pero la forma retórica, la construccion métrica de la llamada seguidilla jitana, ¿la hizo el Fillo, ó Silverio, ó Pablo ó el inventor de la primera de estas tres formas? Tampoco. Antes de éstas todos habrian cantado muchas coplas en metro igual. El instrumento obedecia ya docilmente á

la voluntad del cantor; el ejercicio y la repeticion hacía parecer tan expontánea la creacion métrica, como suelta y fácil es la escritura de los que han estado haciendo palotes muchos años. La existencia del exasílabo y del endecasílabo y la combinacion de versos largos y cortos son muy anteriores á la creacion de las seguidillas jitanas; popular es hoy el endecasílabo en Italia, y en endecasílabos escribió el Dante, hace seiscientos años, su *Divina Comedia.*

Comunes ya los versos de seis y siete sílabas en España desde hace algunos siglos, empleada la *silva* por nuestros dramáticos del siglo XVII y casi contemporáneo el asonante de los albores de nuestra literatura, ¿qué es lo nuevo aquí? *Todo* y *nada: todo,* porque otra copla exactamente igual á la del Fillo no existe en parte alguna del mundo; *nada,* porque no hay un elemento que no haya sido mil veces repetido por individuos que se encontraron en disposicion análoga. Esta extremada simplicidad de las coplas populares y el ser, cuando parecen más complejas, integracion de elementos hechos con anterioridad, ya una frase, ya un refran, ya una supersticion, ya un modo de ser comun de la opinion popular, ya una expresion

fidelísima del estado actual del poeta del pueblo, que no se sustrae con tanta facilidad como el poeta erudito de lo presente, son notas distintivas de las coplas populares, notas que, si las hacen bajo un aspecto inferiores á las de los literatos, las hacen, bajo otros, muy superiores para los que se dedican al estudio de la demopsicología y del proceso biológico del ingenio humano.

Una coleccion de cantares hecha por el delicadísimo poeta Sr. D. Luis Montoto, á quien, por ser muy amigo mio, dedico en esta ocasion á víctima inocente de mis disecciones, va á servirme de tema para señalar algunas diferencias entre los *cantares* y las *coplas*. Contiene esta coleccion, titulada *Melancolía,* despues de unos cantares destinados á dar á conocer el afecto que inspira el libro y una preciosa dedicatoria, que comienza con este bellísimo cantar:

Sueño que estoy en la cuna
Y tú á mi lado cantando;
Sueño que me das un beso,
Sueño que sueño en tus brazos,

ciento cincuenta y seis cantares de cuatro versos, setenta y dos de tres, á que el pueblo llama *soleares*, unas cuantas seguidillas con y sin

estribillo y algunas seguidillas jitanas. Pues bien, entre estas composiciones, modelo las más de afectos y pensamientos delicados, sólo veinte ó treinta nos atrevemos á calificar de realmente populares, y áun éstas con algunas leves restricciones. La seguridad de que, áun estando equivocado en mi juicio, los lectores han de ver con gusto estos cantares, me mueve á trascribirlos, subrayando lo que á mi intento convenga:

Dijo el sabio Salomon,
Y dijo el sabio muy bien,
Que para saber cantar,
Basta con saber querer.

En el cielo del amor
Los suspiros son luceros,
Los besos son las estrellas
Y las nubes son los celos.

Cavando estaban su fosa
Y dije al sepulturero:
Para un corazon tan grande
No hay nicho en el cementerio.

Tú me enturbiaste la fuente
En que solía beber:
Dame una gota de agua,
Porque me muero de sed.

Nadie se *precie* en el mundo
De fortuna y de poder,
Que el mar llega hasta la playa
Y atrás se vuelve otra vez.

El pedernal echa fuego
Si con un hierro le dan:
Tú tienes el corazon
Más duro que el pedernal.

No siembres en *campo estéril*
Porque perderás el grano:
Los beneficios se pierden
En un corazon ingrato.

Las cuerdas de esta guitarra
Parece que están de broma:
Cuando yo quiero que canten
Ellas llora que te llora.

Alza los ojos, morena,
Y mírame frente á frente:
Que en los ojos, morenita
Se conoce quien bien quiere.

Porque á solas hablo dicen
Que la razon he perdido:
No saben que hablando á solas
Estoy hablando contigo.

Ven y juntos andaremos
Este camino penoso
Cuando se va acompañado
Se hace el camino más corto.

Yo quise subir al cielo
Por la escala del amor,
Y me faltó la constancia
Que es el último escalon.

Cien años despues de muerto
Ha de quedar en mi *tumba*
Ceniza de tanto fuego.

Hay una palma en el cielo
Para aquel que en este mundo
Ama bien sin tener celos.

En la horita de la muerte
A Dios le pido llorando
Que tú los ojos me cierres.

Que un beso es pecado
Te dice tu madre:
Que te diga - si ella era una santa
Y un santo tu padre.

Por Dios, no me mires,
Por Dios, no me hables;
De que en tiempo - te quise, no quiero,
No quiero acordarme.

Cuando yo me muera
Madre de mi alma
Con el pañolito - que al cuello te pones
Tápame la cara.

¿Por qué me río, preguntas,
Cuando te veo pasar?
Me río, porque me río,
Por no ponerme á llorar.

El venir á prometerme
Lo que no me puedes dar
Es una mala partida
Que Dios te *demandará.*

Amor pregonado á voces
Es un *amor* muy pequeño;
Amor que en secreto vive
Es el *amor* verdadero.

La simple lectura de estos cantares manifiesta que mi amigo, poeta y sevillano, ha sabido encerrar su personalidad dentro de los límites ideológicos y afectivos de este pueblo. Por su contenido, los cantares citados, son realmente iguales á los del pueblo; obsérvense, sin embargo, algunos de los vocablos, giros y posicion de las ideas dentro de cada uno y se verá que se diferencian algo de los hechos por los hombres del pueblo; estos dicen casi siempre, pedir cuenta por *demandar*, *querer* por *amor*, *alabarse* por *preciarse*, *mala tierra* por *campo estéril*, *abrir la sepultura* por *cavar la fosa*. Rara vez se colocan como sugeto distinto del poeta, como en el verso segundo del primer cantar,

que, más que pleonasmo, forma popular en otro género de composiciones, es aquí un verdadero ripio. Al conseguir el triunfo, legítimamente obtenido, en los cantares citados, mi amigo ingiere en ellos versos hechos, tales como:

Dijo el sabio Salomon.

Dije al sepulturero.

Cien años despues de muerto.

En la horita de la muerte.

Por Dios no me mires.

Las cuerdas de esta guitarra.

Alza los ojos, morena.

y áun ha perifraseado una copla entera, como verbi-gracia:

Cuando yo me muera
Mira que te encargo
Que con las trenzas - de tu pelo negro
Me amarren las manos.

En todo lo cual, el poeta erudito se ha hecho realmente hombre del pueblo, se ha desposeído de su personalidad y pensamiento propio, consiguiendo el fin artístico propuesto, por haberse

retrotraido á una edad que es anterior, dentro de su vida psicológica, á la que realmente tiene como individuo con un nombre literario conocido. En tanto que ha quedado aprisionado dentro de los límites de una cultura preexistente á la suya, es como otro hombre del pueblo cualquiera, llámese Juan Dominguez ó Pedro Fernandez; su nombre desaparece con plena razon para confundirse en esa multitud de voces anónimas que suenan adonde quiera, y sus cantares viven más ó ménos tiempo y resisten mejor ó peor la lucha que durante su vida sostienen con otras producciones análogas, en razon inversa á la mayor ó menor expresion de la personalidad que en ellos hay. Su obra, sin embargo, no es infructífera, por cuanto á la larga va incorporando en el contenido ideal del pueblo pequeños gérmenes de progreso en las ideas que vienen á enriquecer, con el trascurso del tiempo, el tesoro de la musa popular, musa que influye á su vez, por esta participacion del erudito en la obra del pueblo, sobre la poesía culta; estableciéndose entre ambas poesías una reciprocidad de corrientes no ménos difíciles de estudiar que las de los vientos en la atmósfera y las de las aguas en los mares.

Tres cosas pueden resultar, y de hecho re-

sultan, en las colecciones de cantares: que los eruditos los hacen iguales á los del pueblo, en cuyo caso se confunden con las coplas que imitan, ó que los hacen inferiores ó superiores. En el primer caso, el caudal poético popular no se enriquece verdaderamente; en el segundo, los cantares son, cuando más, flores que viven un dia; en el tercero, el pueblo procura asimilárselos, por la elevacion de motivos. La poesía, por tanto, gana verdaderamente en el primero y último caso: en el primero, porque el poeta adquiere el dominio de la forma suficiente para poder popularizar sus sentimientos é ideas; en el último porque el erudito aprende cuáles son las *formas genuinamente populares,* con el testimonio irrecusable que le suministra la observacion detenida de los retoques que el pueblo da á sus producciones al aceptarlas. Dos cantares del Sr. Aguilera, anotado uno de ellos por el Sr. Marin, comprueban esta verdad:

En tu escalera mañana
He de poner un letrero
Con seis palabras que digan
«Por aquí se sube al cielo.»

Véanse las modificaciones que en él ha introducido el pueblo:

1612 En la puerta de tu casa
He de poner un letrero
Con letras de oro que digan:
«Por aquí se sube al cielo.»

Obsérvense las diferencias entre el cantar y la copla, y véase hasta qué punto la nota de mi amigo constituye una verdadera leccion sobre este difícil punto. *Me parece,* dice el Sr. Marin, *que el cantar ganó mucho al ser prohijado y enmendado por el pueblo. La determinacion del dia:*

En tu escalera *mañana*

es sólo una cuña necesaria para llenar el verso y eso otro de

Con seis palabras que digan
«Por aquí se sube al cielo.»
1 2 3 4 5 6

es rebuscadillo y, por ende, poco expontáneo.»

Ni una palabra más: el haber hecho cantares el Sr. Aguilera ha sido ocasion de que los poetas eruditos puedan recibir del pueblo mismo la leccion que tan autorizadamente deduce nuestro querido compañero. Otro tanto sucede con el cantar del mismo Aguilera, que dice:

El dia que tú naciste
Cayó un pedazo de cielo,

Cuando mueras y allá subas
Se tapará el agujero.

El pueblo lo canta en la siguiente forma:

El dia que tú naciste
Cayó un pedazo de cielo;
Hasta que tú no te mueras
No se tapa el agujero.

¡Soberbia leccion la que ofrece este cantar!

Cuando mueras y allá subas

es un verso verdaderamente horripilante;

Hasta que tú no te mueras

es un verso, en cambio, que contiene una delicadeza de primer órden. Si lo que cayó era un *pedazo de cielo* y el cantar se dirigía á una mujer amada, esto es, á un verdadero ángel, ¿á dónde habia de ir á parar, cuando muriese, sino al cielo á rellenar aquel desconchado que se formó por su caida? La leccion que aquí da el pueblo al poeta erudito es, más que de metrificacion, de verdadera estética. A veces, sin embargo, el pueblo se limita á sostituir una palabra ó una pura construccion gramatical: que el pueblo tiene tambien su diccionario y su gramática para

la expresion de sus afectos. El hombre del pueblo emplea lo mismo que el erudito todo género de tropos y elegancias de lenguaje, de un modo especial y propio, distinto del modo erudito, y todas estas formas conviene estudiarlas y conocerlas para producir poesías verdaderamente populares. No siempre, sin embargo, el pueblo está por encima del poeta erudito, ni áun en cuestion de forma; otras veces está por bajo é incurre en *solecismos y barbarismos* y licencias de mal gusto que importa tambien estudiar y no se conocen, ó mejor dicho no conocemos, por lo difícil que ha sido meter en la cabeza de los literatos hasta hace poco, y áun no son tres dioses, la necesidad de coleccionar y estudiar todas las coplas, tanto las buenas como las malas, tanto las que muestran un pensamiento delicado como las que envuelven un pensamiento grosero y egoista; no de otro modo que el zoólogo estudia desde el reptil más repugnante hasta el ave más primorosa, y el botánico desde la ortiga que punza hasta la rosa que embriaga con su perfume. Cuando estos estudios, de los que somos meros aficionados, se hagan científicamente, para los cuales son necesarios trabajos de la inmensa importancia del que hoy nos ocupa, comparable á los mejores hechos en el

extranjero, veremos que en los cantares hay bellezas de gran interés que conviene popularizar, mediante una forma adecuada. En el libro de nuestro querido amigo hay cantares delicadísimos que no son populares, no ya por deficiencia en la forma, sino por mayor elevacion de motivos y de afectos que los populares, que tienen que guardar una necesaria relacion con la idea que de las cosas tienen: de donde nace la necesidad de confrontar á cada paso la copla con el refran, con la supersticion y con la que podríamos llamar filosofía del pueblo:

Niño que envuelto en harapos
Vas llorando por la calle,
Ven y juntos lloraremos:
¡Yo tampoco tengo madre!

Este cantar no es popular por su contenido ideológico y porque el hombre del pueblo, dentro de las circunstancias en que ordinariamente se encuentra, no ha podido levantarse á la altura de los sentimientos que lo inspiran, por una serie de razones puramente naturales. En el cantar el poeta es con relacion al *pobre* harapiento, *rico*. Con *el dinero* de aquél un hombre del pueblo compadeceria sin duda al pobre niño abandonado y áun le socorreria, pero no se

creeria ciertamente tan desgraciado como él. Y no es decir esto que el pueblo real, no idealizado, no ame á su madre:

Por ver á mi madre diera
Un deíyo de la mano,
El que más falta me hiciera.

El siguiente cantar es realmente magistral y, sin contener ningun elemento extraño al pueblo, superior por la forma, á muchas coplas:

Quisiera estar á tu lado
Y no dejarte un momento,
Ser el aire que respiras
Y la sombra de tu cuerpo.

Para apreciar, pues, las diferencias de la poesía erudita y popular, aquí de las coplas y cantares, se hace indispensable una série de estudios tan prolijos, que suponen una série de ciencias puestas á contribucion. Con este objeto el Sr. Pitrè, y esta omision es acaso el único lunar que me atrevo á poner al libro en que me ocupo, indica al pié de cada *canzuna* su procedencia, ó mejor dicho, la localidad en que la ha escuchado, noticia que, dadas las exigencias científicas, debiera ampliarse añadiendo, por lo ménos, si cada cancion se habia oido una sola

vez ó várias, y la zona por donde se extendia, datos cuya difícil adquisicion comprendo, pues es sabido que, como dice elocuentemente el señor Conde de Puymaigre, las coplas no reconocen fronteras, pero que no son hoy tan difíciles de adquirir, si se atiende á que en todas las naciones civilizadas, y áun en las distintas regiones de cada una, hay ya recolectores, y que los mismos *dialectos* imponen tambien un límite á las investigaciones particulares de cada recolector, pues claro está que al catalan, por ejemplo, al gallego ó al mallorquin es á quien incumbe decirnos si hay entre sus *cantigas, cansons* ó *corrandas,* alguna que corresponda plenamente á la copla andaluza, motivo de nuestro estudio. Con estos datos que parecerán, seguros estamos de ello, nimios y aún ridículos á muchos literatos, pero no ciertamente á mi ilustrado compañero, las colecciones de coplas podrán ser estudiadas parcialmente por el demopsicólogo, por el fonético, por el retórico, por el gramático, etc., etc., siendo entonces seguro que de cada mil no habrá acaso una copla que pase como popular, siendo erudita. Entónces, y sólo entónces, podrán comenzar á echarse los gérmenes, las semillas de esa multitud de ciencias que juntas están llamadas á cons-

tituir esa ciencia niña, sin nombre todavía, aunque conocida ya en toda Europa bajo el nombre de *Folk-Lore*, de la cual forma una parte importantísima el estudio del *sentir popular*, correspondiente y paralelo al *saber* y al *querer* del pueblo, dentro de la division, quizá algo convencional, que hacemos de las facultades del espíritu humano. Y aquí, y por considerar á mi querido compañero como el primero y mejor de los folk-loristas andaluces, voy á considerar su libro como la expresion más genuina del sentimiento popular de estas comarcas, en tanto que estos sentimientos se manifiestan en sus coplas, especialmente *amorosas*, cuyo proceso nos dió á conocer tan lindamente el Sr. Marin en su folleto *Juan del Pueblo* y en la no ménos linda historieta titulada *María de los Dolores*.

V

Primo tra tutti gli elementi costitutivi la poesia popolare è senza dubbio il sentimento: primo tra tutti i sentimenti è per fermo l'amore.

Esta afirmacion del insigne mitógrafo italiano Sr. Pitrè resulta plenamente comprobada en este libro. A diferencia de lo que acontece

en un Romancero ó en una Coleccion de adivinanzas ó de cuentos, en las colecciones de coplas el asunto de la mayoría de ellas es el amor. Cupido ha sido el principal autor de las composiciones contenidas en esta obra: basta echar sobre ella una rápida ojeada para comprobar este aserto. En efecto, prescindiendo de las rimas infantiles, adivinanzas y oraciones, ensalmos y conjuros y pegas que, *en cierto modo,* no deben considerarse como canciones, unas porque no se cantan, y otras porque, aunque se canten, deben reputarse más bien como formas de juego de los niños, de las demás coplas contenidas en esta coleccion, el 70 por 100 son amorosas. La razon de este fenómeno, que salta á primera vista, tiene para nosotros una sencilla explicacion: los hombres del pueblo, como todos los hombres, cuando niños, son, más bien que sugetos, objeto de canciones; las coplas de cuna con que arrullan su sueño sus madres ó nodrizas, y que, segun un artículo reciente del señor Mango, pueden considerarse divididas en *tradicionales, modificadas* é *improvisadas,* no son cantadas por los niños. Las *rimas infantiles,* muchas de ellas tradicionales tambien, y otras, de suyo tan inconexas como los monosílabos, con que el niño prepara sus órganos bocales

para hablar más tarde, y las graciosas frases ú oraciones con que se ensaya para construirlas más tarde, tan peregrinas como las escritas por Valera y las habladas por Castelar, deben reputarse, á mi juicio, más que como verdaderas canciones, como juegos; no de otro modo que las adivinanzas, de antiguo abolengo en su mayor parte, y simplísimas casi todas, con que los niños, ya de cierta edad, comienzan á ejercitarse en las lides del ingenio, son tambien una forma de juego, habiendo estado, por esto, atinadísimo nuestro amigo en la colocacion de estas producciones, á las que tambien acompañan, por distinto camino, esa interminable série de cuentos de encantamento que forman las delicias del niño en la primera edad y pueblan su fantasía de una pleyade de séres imaginarios, muchos de los cuales fueron acaso, en edades primitivas, dioses de las primeras y más antiguas mitologías.

Los hombres del pueblo, como todos los hombres, en este primer período de niñez no cantan verdaderamente, en el pleno sentido de la palabra, gritan y pían como los pájaros, y remedan en sus acciones las acciones de sus padres, preparándose de este modo para hacer más tarde en serio las cosas que hacen en esta

primera edad para invertir aquel caudal de actividad que les rebosa y sobra.

Los niños conservan *inconscientemente* en sus juegos el recuerdo de lo que fué, y, poniendo su memoria y su poderoso instinto de imitacion al servicio de estas aparentes bagatelas, perpetúan los testimonios de monumentos realmente primitivos en la humanidad, mediante los cuales el historiador y el prehistórico enriquecen su ciencia. La poesía infantil, de que no podemos tratar ahora, es, bajo este concepto, interesantísima.

Empero á este primer período de la vida sucede otro, que podemos llamar de adolescencia, en que ya la individualidad de los hombres se significa; ya no son éstos los pájaros que pían, los loros que repiten lo que escuchan á los que les rodean, ni se alimentan sólo de las maravillas contenidas en los cuentos que les adormecieron. Los hombres en este período sienten, estudian é idealizan lo visto, llevando fuera de sí, bajo la influencia de su fantasía, que, en tanto que mezclada al conocimiento adquirido, constituyen la idealidad, sus propias creaciones. Estamos en esta época en el pleno período del amor y de las canciones; de la poesía, en una palabra. La fantasía almacenó durante el pe-

ríodo de la niñez caudal bastante para encender el sentimiento individual del jóven, como ejercitó, mediante el juego, la memoria y el ingenio, los órganos, lo bastante para encontrar en ellos un elemento dócil que responda á las necesidades de su nueva vida. La *elevacion del afecto*, que esto y no otra cosa es, en definitiva, la copla, elevacion que corresponde, probablemente por causas nerviosas, á ese estado en que el sentimiento intima hasta el extremo de hacerse música en lo más recóndito del corazon del hombre, ántes que los órganos bocales le hagan música para el exterior, produce la copla

Para saber cantar,

decia con profunda intuicion mi amigo Luis Montoto,

Basta con saber querer.

A este período, correspondiente en la génesis y desenvolvimiento del espíritu humano á la *adolescencia* en la vida del individuo, sucede, dentro de los términos convencionalmente aceptados, la edad *adulta:* en ésta los hombres van perdiendo ordinariamente de idealidad, lo que van ganando en experiencia y en conocimiento. A medida que se conoce más, se cree y se fan-

tasea ménos: los objetos reales, por una ley de impenetrabilidad, vienen á echar de su puesto á los séres fantásticos que poblaban la imaginacion del adolescente. La plena adecuacion de las fuerzas del hombre al objeto real que forma el asunto de su vida, le hace ser ménos cantor; pero más práctico, más observador, más reflexivo: el hombre adulto canta poco y piensa mucho: en esta época, llamando á juicio y contraprueba los elementos anteriores de su vida, va consignando los productos de su observacion y de lo sabido en máximas, más breves ciertamente que las canciones, pero mucho más complejas, mucho más ricas en contenido ideal.

Esta es la época en que, á nuestro sentir se hacen los refranes. Respetando bajo todos conceptos la opinion del Sr. Costa, mucho más autorizada que la mia en estas materias, de las cuales no soy más que un propagandista fervoroso, creo que el refran no es anterior, en la génesis de desenvolvimiento biológico del espíritu humano, á la cancion afectiva; por más que haya muchas coplas refranescas en que entren refranes anteriores, como elementos integrales y casi constitutivos de ellas, por la solidaridad de todos los hombres y el ser las generaciones presentes herederas de las anteriores: que así

como el niño civilizado juega con el arco y la flecha, armas del salvaje, cualquier Juan Dominguez ó Manuel Fernandez integra hoy en una copla el *conócete á tí mismo*, de Sócrates, ó el *amaos como hermanos*, de Jesucristo; quiero decir, y no sé si acertaré á expresar mi pensamiento, que, considerando á los elementos constitutivos de la poesía popular desde los primeros hombres hasta el dia, colocados en una disposicion análoga á la de los pisos, capas ó estratos que constituyen la corteza terrestre, encontraríamos primero, el *germen* de la copla que el del refran, como elemento de distincion de unos hombres á otros. En este punto creo con Tylor que la adivinanza, que se encuentra entre los zulúes y otras muchas razas muy poco adelantadas, aunque forma antiquísima, es ya propia de cierto período de evolucion que reconoce otro anterior en que la adivinanza no existia.

Razas hay que no tienen aún un lenguaje apto para esta clase de composiciones y cuyas escasas palabras, especie de ahullidos, más se asemejan al grito del gorila que á la palabra humana: en estas razas no se han encontrado vestigios de adivinanzas y lo que conocemos hoy de los pueblos antiguos es tan poco que

casi puede decirse que su cultura es con relacion, no á las cronologías convencionales, sino á la vida de la humanidad, de ayer mañana; por eso no se hace extraño que así como sus monumentos, no ménos que la graciosa construccion del arca de Noé, suponen la existencia de artistas bastante adelantados, haya refranes que supongan muchos grados anteriores de cultura. En la edad adulta los hombres hacen refranes y máximas, preparándose, como con los cuentos y juegos se prepararon para la adolescencia, para el último y no sé si decir, en individuo sano, el período más triste ó más alegre de la vida. En la vejez el hombre vive del refran ó de la oracion, segun ha sido su vida: la clara vista de las cosas, la relativa ausencia de imaginacion y de idealidad, la falta del exceso de fuerzas que produce el juego, la pérdida especial de memoria de los hechos inmediatos, que le inspiran mucho ménos interés que en las épocas anteriores de su vida, y la lucidez de su inteligencia, con que suple el atrofiamiento de las demás facultades, le hace pasar la vida *refraneando*, ó bien orando, si el desenvolvimiento de su inteligencia en su vida particular no ha bastado para darle aquella perspicacia propia de la vejez en un hombre propiamente sano *(mens*

sana in corpore sano); en el primer caso, la oracion es la aprendida: á ella se mezcla la superstícion; en el segundo, la oracion es la forma religiosa más alta y solemne, porque es la afirmacion desapasionada y diáfana de la parte de realidad vista durante toda la vida: en esta época tambien viene la *conseja* y la *tradicion* con que el que va á morir pretende quedar ligado á los naturalmente llamados á sobrevivirle. Estas tradiciones y consejas y cuentos, que forman el caudal casi íntegro de la vida en los individuos que, ni áun con los años, han logrado pasar de su edad primera, resucitan por esa especie de reviviscencia de memoria senil, bien en forma de hecho propio, dato biográfico, mediante el cual el viejo refiere al niño sus propias hazañas, lo que ha hecho durante su vida, bien como reminiscencia de los cuentos que oyó á su vez en su edad primera, y que almacenados en su cerebro, cuyas fibras hirieron tan profundamente en la niñez, reviven á su evocacion para entretenimiento de sus hijos y sus nietos.

De lo dicho aparece, si las ideas que apuntamos tan ligeramente no son equivocadas, que los hombres cuando cantan es en la edad de la adolescencia; que la copla se produce en esa

época en que predominan el sentimiento poético y la idealidad: época que todos los hombres medianamente reflexivos pueden comprobar en sí y á la que, en su fuero interno, acaso ningun individuo, en el grado medio de cultura de los pueblos europeos, se ha sustraido por completo.

De lo expuesto resultan dos que considero verdaderas notas críticas respecto á la obra en que me ocupo, á saber: que el *Cancionero* del señor Marin es de inmensa trascendencia para el estudio del pueblo *en su edad adolescente* y que la aparente pobreza de las otras secciones, con relacion á la amorosa, no es imputable en modo alguno al autor, sino á la naturaleza del asunto. El Sr. Marin no puede remediar, ni á él es imputable, que haya mayor número de coplas amorosas que locales ó satíricas ó sentenciosas, como al autor de un Romancero no puede imputarse que haya en su coleccion más romances históricos que amatorios ó doctrinales. El Sr. Marin nos suministra en su excelente obra, enriquecida con multitud de notas, todas importantes, un excelente *libro de texto* en que poder estudiar las manifestaciones poéticas y los sentimientos del pueblo. Como el señor Marin es, no sólo poeta, sino folk-lorista

que conoce la importancia de ese nuevo género de estudios y, dentro de él, aprecia, quizá, más especialmente, como español, el contenido ideal y afectivo de las producciones que colecciona y anota, ha sabido en este punto hacer un trabajo que, aunque acaso pase desapercibido para algunos, agiganta la magnitud de su empresa, con la que su nombre pasará ciertamente á los venideros: me refiero al órden de colocacion en las coplas, trabajo tan penoso y difícil como útil para el demopsicólogo. Las coplas primera y última de las de *Cuna* hacen la apología de esta excelencia que considero como la primera de todas, aparte de las ilustraciones preciosísimas que abrillantan el libro:

A dormir va la rosa.

Dormido queda.

Pues bien; amplíe el lector este método á todo el libro y verá hasta qué punto, dentro de los límites racionales y posibles, ha sido nuestro amigo fiel á su propósito.

En las coplas amorosas el autor nos presenta al pueblo *requebrando* y declarándose primero, despues lo sigue hasta el momento en que casado, adulto ya como ántes decimos, *teoriza*

y *aconseja*, incorporando á sus delicados sentimientos de amor el fruto de la observacion y la experiencia. Entonces, verdadero hombre, sustituye á las idealidades de mozo el conocimiento claro y verdadero de esa pasion purísima, más grande dentro del matrimonio y al lado de la cuna del hijo, que en los alegres dias en que al són de una guitarra, canta y celebra quizá no tanto á la mujer que duerme tras la reja, como á la que vive en su propio corazon y fantasía.

Una simple ojeada por el *Cancionero amoroso* y la clasificacion hecha por nuestro amigo, nos enseña cómo se manifiestan en este pueblo los sentimientos de *ternura* y *constancia*, de *celos* y *desdenes*, de *ausencia* y de *penas*. Por el número de coplas contenidas en esta seccion con relacion á cada uno de los afectos en que se halla dividida, el pueblo andaluz es ante todo *celoso* (mil diez coplas se encargan de comprobar esta verdad), despues *tierno* (novecientas treinta y seis coplas), y tiene para *desdeñar* y *sufrir* más coplas que para ponderar su *odio* y su *constancia*. No basta, sin embargo, para un estudio demopsicológico este primer dato; fuerza es, á quien desee siquiera intentarlo, estudiar la energía de cada una de esta clase de cantares, pues pudiera acontecer que, aún siendo *no-*

venta las coplas contenidas en la seccion de *odio*, fueran más explícitas estas coplas respecto al fondo del corazon de los hombres del pueblo que por ellas se revela, que las *doscientas ochenta y una* en que se enaltece la constancia. Semejànte estudio, sin embargo, supone un análisis de la obra que no me ha sido dable hacer, hallándose, como se halla en el momento en que escribo estos renglones, aún por imprimir parte de ella; ni estando concluida podria intentarlo tampoco sin incurrir en el defecto que, audaz propagandista de estas materias, me atrevo á vituperar, dando al olvido que he sido y acaso sigo siéndolo, sin percatarme de ello, pecador contumaz del mismo género. Es necesario en éstos, como en todos los estudios, pero acaso principalmente en éstos, ir muy despacio para no incurrir en idealidades y errores de larga trascendencia que vienen á torcer el camino de los que, como el Sr. Marin y el Sr. Guichot, entran en el templo de la ciencia por la noble y amplia puerta del trabajo, trayendo como fruto de sus investigaciones riqueza inmensa de materiales que valen ellos por sí solos, áun inconexos todavía, mucho más que todas las elucubraciones filosóficas de los que carecemos de esa inmensa virtud de consumir la vida acarreando, sin tallar

aún, las piedras que han de servir de inquebrantable base al soberbio edificio cuyo trazo y plano acaso no lleguen á vislumbrar nuestros propios hijos. El libro del Sr. Marin valdrá durante muchos años más que pudieran valer los juicios que sobre él hayan emitido y emitan los maestros en esa nueva ciencia en que hoy trabajan los hombres más eminentes de Europa.

Mero propagandista de ella en España, pero considerándome por ello, como decirse suele, con las llaves del sacristan que *puede hablar, reir y hacer cuanto le diere la gana* sin que nadie se lo critique ni tome á mal ni le imponga la penitencia en que, sin este privilegio, incurre el que hablare primero, quiero decir, en este *post-scriptum,* que ya va haciéndose harto largo, algo sobre las coplas de *requiebros* y *piropos,* primera seccion de las amorosas, por ver si logro despertar en otros más inteligentes y trabajadores que yo el deseo de aprovechar los materiales con tanta diligencia y competencia recopilados y anotados por mi amigo.

VI

Los requiebros, á que los andaluces llaman tambien *flores* y *piropos*, como lo acreditan las

frases *echar un piropo, decir un requiebro* y *echar una flor,* son por extremo importantes, bajo multitud de aspectos. La simple lectura de los quinientos noventa y siete de esta obra colocados en aquella feliz disposicion, y con arreglo al primoroso método aludido, nos dan testimonio de esta verdad.

Quiero decir, antes de todo, que si la palabra piropo viene de las dos voces griegas *pyr-pyros*, que significa *fuego,* y *poieo*, que significa hacer, ó bien *pyr-pyros* y *ops*, *vista,* como opina el señor Roque Bárcia, y requiebro, *volver á quebrar,* ámbas palabras, indistintamente usadas, nos dicen ya algo de la naturaleza de la cosa, más aún que la cancion, porque el piropo es un elemento integral de ella y existe de por sí y aisladamente, consistiendo en esa especie de chispa que brota del sentimiento ó del ingenio en vista de la belleza de la mujer. La palabra requiebro, cuyos componentes son bien conocidos, nos da á entender como *un grado superlativo del quiebro,* voz tan usada entre los toreros; requiebro es un quiebro fino y magistral delante de la belleza que pasa; no sé por qué en el requiebro que dice el andaluz á la mujer creo encontrar algo parecido á lo que es la suerte de la capa y áun de las banderillas; en el requiebro

puede decirse que el ingenio remeda los movimientos del torero delante del toro; en esta tierra en que la viveza de ingenio es, por decirlo así, ingénita, el requiebro ó piropo es, en la mayor parte de las veces, ocurrencia del momento y circunstancial, siendo la cualidad que lo distingue, la verdadera gracia, por la cual la mujer perdona hasta que el piropo recaiga sobre alguno de sus defectos en vez de ensalzar, como parecía natural, sus bellas cualidades.

Me la comía á Vd., dice un andaluz (á una mujer que va hecha un verdadero almacen de género por la mucha ropa que lleva encima) *aunque me diese un cólico de trapo,* y la aludida se sonríe, perdonando el agravio que se le dirige en vista de la gracia con que se le dice.

¡Ciega! dice el andaluz á una mujer para indicarle que tiene hermosísimos ojos.

¿No constituye este piropo un verdadero *requiebro?* ¿No es una preciosa suerte de ingenio la de decir precisamente lo contrario de lo que se quiere decir para celebrar una cualidad?

Déme Vd. esa niña, que nunca me ha dado usted nâ, mamá, es un delicado y precioso requiebro en que todo, hasta la persona á quien se dice, es diferente de aquélla á que va dirigido.

—¿Qué edad tiene Vd., niña?
—Quince años.
—En ojos tiene Vd. más de treinta.

Es una preciosa forma de requiebro *dialogado* que pone de manifiesto la importancia de estas producciones, aún más fugaces que las coplas y aún más apropósito que ellas para mostrar lo ocurrente y genial de este pueblo.

Empero estos piropos, como decimos, al hacerse coplas ó formar parte de ellas, adquieren cierta consistencia, cierta vitalidad que nos permite estudiar más despacio estas verdaderas chispas del ingenio andaluz que brotan del fuego de la pasion que despierta en todo hombre bien nacido la vista de una mujer hermosa.

A este género de coplas debemos preguntar en primer término, porque ellas nos incitan á la pregunta, qué es lo que principalmente se alaba, encarece ó pondera en el requiebro; si son, por ejemplo, las cualidades morales, en tanto que se significan en el cuerpo, ó las bellezas puramente corporales y, dentro de éstas, cuáles son las que engendran mayor número de requiebros y cuáles las ideas estéticas que el pueblo tiene respecto á la belleza corporal.

El libro del Sr. Marin nos da sobre este

punto, verdaderamente hecho el trabajo, y nuestra mision va á concretarse á la de hacer reparar al lector sobre la importancia de lo que nuestro compañero ha sabido enseñarnos de modo tan sencillo y discreto.

La primera observacion que nace de la lectura de esta seccion de coplas, es que el pueblo andaluz dedica de 597 coplas, más de 400 á enaltecer la belleza física: observacion digna de notarse en las coplas de requiebros y no en los requiebros sueltos, porque en aquéllas puede presuponerse que el enamorado conoce las prendas morales de la requebrada, en cuyo caso, tal al ménos entiendo yo el piropo, quizá éste debiera considerarse más bien como verdadera *terneza,* si su esencia consiste, como veremos, en el enaltecimiento de la belleza que se vé, y, cuando más, de la que se imagina ó significa, por ser su mision la indicada en la acepcion que da á la palabra *¡olé!* el sabio orientalista García Blanco, acepcion que, áun no siendo cierta la procedencia hebráica de esta palabra que el reputado orientalista le atribuye, debemos considerar como exactísima los que hemos nacido ó vivido en esta tierra y visto por nuestros propios ojos lo que significa un *¡olé!* con relacion á la persona á quien se dirige; exclamacion que

siempre es de enaltecimiento y de admiracion en vista de una belleza ó de una cosa *alta* que se *levanta* sobre las demás. Pretendo indicar con lo dicho que, así como hay coplas *refranescas* porque contienen un refran, y coplas *refranescas* porque el refran se ha hecho verdaderamente copla, en las llamadas de requiebros las hay que deben llamarse de *requiebros* por contener uno ó más piropos, y otras porque el piropo ha tomado todo entero la forma de copla. No de otro modo tambien que hay pregones que entran en una copla y coplas que constituyen un verdadero *pregon*, etc.

Hecha esta distincion, observamos que de las 400 coplas y pico que tienen por objeto requebrar las bellezas corporales, 246 van dirigidas á la cara y sólo 10 ó 12 á las demás partes del cuerpo, excepcion hecha del talle, el garbo en el andar y el cuerpo todo, de que trataremos luego.

Mas, dentro de los requiebros dirigidos á la cara, observamos que mientras las pestañas y las cejas, por ejemplo, apénas hay copla que las ensalce, y áun algunas de éstas son sospechosas de eruditas, la *boca* y los *ojos* y la *cara* misma tienen multitud de requiebros, llevándose la palma entre todas las facciones los *ojos*, llamados con razon, tanto en los proverbios ita-

lianos como en los españoles, *el espejo del alma:* ojos á los cuales á su vez se enaltecen, no tanto por su tamaño y color como por el modo de mirar y su expresion retrechera; sobre estos piropos, relacionados con los que se refieren al color, conviene llamar un momento la atencion de los lectores, por cuanto ellos enseñan cuál es el ideal etnológico de este pueblo. Así, por ejemplo, cuando encontramos piropos que ensalzan el color moreno sobre el blanco, nos ocurre una curiosidad que quisiéramos satisfacer con el auxilio de otras colecciones de piropos de los distintos países y razas que tienen como condicion distintiva colores diferentes de la nuestra. En efecto, es digno de notarse el empeño con qué enaltece el pueblo andaluz el color moreno, tan perfectamente significado en las siguientes coplas, en que no ya á los mortales, sino á los dioses y á los santos y á la tierra misma, se quiere atribuir este color para que sean buenos, mostrando, aunque en pequeña escala, un despego hácia el *blanco,* que hace pensar en el desprecio con que en América miran los blancos á los hombres de *color,* cualidad considerada hasta aquí, no sabemos si con razon ó sin ella, característica de las varias razas que pueblan el mundo:

Moreno pintan á Cristo,
Morena á la Magdalena,
Moreno es el bien que adoro,
Viva la gente *morena*.

Lo moreno lo hizo Dios,
Lo blanco lo hizo un platero:
Vaya lo blanco con Dios,
Que yo lo *moreno* quiero.

Morena tiene que ser
La tierra para claveles,
Y la mujer para el hombre
Morenita y con desdenes.

Mi amante es alto y *moreno,*
Por eso lo quiero tanto,
Porque la tierra *morena*
Se enseñorea en el campo.

Pero es más: el gran número de coplas que ensalzan el color moreno, acredita que la estimacion del color es, más que un conocimiento, un *sentimiento ingénito*, lo cual nos hace sospechar que no ha de haber seguramente tantos refranes como coplas hay en este libro, y andan por esos mundos de Dios, que enaltezcan el color moreno; porque, si bien la experiencia puede enseñar que la tierra morena es buena para claveles, por ejemplo, suponiendo que lo sea, que no soy floricultor, es muy posible que el viticul-

tor pondere más la tierra blanca y caliza para sus viñas, que la morena. Para el pueblo andaluz, *el calor moreno* no es sólo una cualidad física, sino una cualidad que hasta cierto punto trasciende á las cualidades espirituales, así dice:

Con la *sal* que derrama
Una *morena*,
Se mantiene una blanca
Semana y media.

Lo blanco y lo moreno
Pleito formaron,
Y ganó lo *moreno*
Por lo agraciado.

Morena y *graciosa* y *sandunguera* son vocablos casi sinónimos en Andalucía, y la palabra *morena* es tan afectuosa de suyo, que decir *mi morena* es, en ocasiones, lo mismo que decir *mi amada, mi compañera*, la *mujer que yo quiero; morena* dicen los andaluces á sus vírgenes; así, por ejemplo, en dos coplas que no recuerdo enteras:

Que *morena* es la vírgen
De Guadalupe.

Que *morena* es la vírgen
De la Esperanza.

Cierto que en ocasiones encontramos algunas coplas que enaltecen lo blanco y lo rubio sobre lo moreno; pero éstas son tan escasas, que se conoce tiro á legua, que van dirigidas á una determinada mujer que tiene este color. La frase indicada *Lo moreno lo hizo Dios*, expresa el sentido popular respecto á colores: apropósito de esto, creo haber visto anunciado en un periódico inglés un artículo sobre el sentido popular del pueblo respecto á colores, artículo que no he podido leer y que tendria gran gusto en conocer, no sólo para comprobar si es cierta mi sospecha de que cada pueblo considera como el más bello el color de su raza, sino para averiguar si es verdad, como creo, que los pintores realmente locales, se inspiran, como los poetas y literatos realmente nacionales, en el sentido de su pueblo para sus producciones, con lo cual creo que podrian destruirse una série de majaderías que los artistas y críticos, á quienes no ha podido caber en la cabeza el valor de la palabra realismo, para ellos sinónima de lo que debiera llamarse *superficialismo*, nos vienen molestando á cada paso á los que, por lo ménos, tenemos la buena intencion de no proponernos en nuestras investigaciones otro fin que la honrada investigacion de la verdad.

Los andaluces no enaltecen la belleza del *color negro* en los ojos, como la de lo moreno en la tez, ni desdeñan el color *azul* en los ojos como desdeñan, en cierto modo, el color blanco.

Ojos *negros* y pardos
Son los *comunes*.

Esta es la copla que mejor expresa el carácter de color de los ojos de las andaluzas; pero no hay ninguna copla que considere más bonitos los ojos *negros* que los *azules*, ni que alabe el color negro *en sí*, antes al contrario, las coplas que dicen

Por unos ojos *negros*
Se perdió Troya,
Y por unos *azules*
La España *toda*,

en que se alude á Elena y la Cava, segun indica nuestro amigo el Sr. Marin,

Amarillo es el oro,
Blanca es la plata
Y *azules* son los ojos
Que á mi me matan.

No hay ojos *más bonitos*
Que los *azules*.
Y si no, mira al cielo
Cuando no hay nubes.

Tienes los ojos *azules*,
Ojos de color de cielo,
Y al cielo le darás cuenta
Del mal que hiciste con ellos,

indican que el pueblo andaluz, contra lo que acaso se piensa, estima la belleza del color azul de los ojos, por más que este color no sea el *comun*, ni se encuentre ordinariamente en las personas *morenas:* más aún, el color negro, en sí, no se reputa como bello, así dice una seguidilla:

Todo lo negro es feo,
Pero tus ojos,
Lo que tienen de negros
Tienen de hermosos.

En cambio al color negro de los ojos se atribuye mayor poder, mayor fuerza, más energía y para decirlo de una vez, más atractivo, más hechizo: por eso hay multitud de coplas que encarecen estas prendas en los ojos negros, complemento casi indispensable de lo moreno en la tez:

Los ojos de mi morena
Se parecen á mis males:
Grandes, como mis fatigas:
Negros, como mis pesares.

¡Favor! ¡favor! ¡que me matan!
Y no me puedo valer:

Son dos *negros asesinos*,
Los ojos de esa mujer.

Tienes unos ojos *negros*
Retrecheros y ladrones,
Que salen á los caminos
A robar los corazones.

Anoche soñaba yo
Que dos *negros me mataban*,
Y eran tus hermosos ojos
Que enojados me miraban.

Ojos negros amadores,
¿Por qué no vos confesais
Por las muertes que habeis hecho
Corazones que robais?

Unos ojillos *negros*
Me han *cautivado*
Quién dirá que los negros
Cautivan blancos.

Por la Sierra-Morena
Vienen bajando
Unos ojitos *negros*
De *contrabando*.

Vese por estas coplas que los ojos negros son *asesinos, ladrones, encadenadores de voluntades, y contrabandistas*, y que se hallan dotados de cierto iman, de cierto poder mágico tan perfectamente significado en estas coplas:

Tienen las que son morenas
Un mirar tan *á lo extraño*,
Que matan en una hora
Más que la muerte en un año.

A unos ojitos negros
Adormilados
Es preciso quererlos
A ojos cerrados.
Porque es preciso
Que unos ojitos negros
Tengan hechizo.

Los ojos negros, pues, que con los pardos son en Andalucía los más comunes, son tambien los más apreciados y requebrados por el pueblo, en concepto de *retrecheros*, *graciosos*, *gachones*, *zalameros*, pero no en el de *bonitos*.

El pueblo que en sus supersticiones manifiesta gran prevencion contra el color *negro*, que supone *fatídico* y de mal agüero jamás lo celebra como *color*. Esto esplica quizás que, siendo el cabello de las andaluzas ordinariamente, no diremos negro, pero sí castaño bastante oscuro, el pueblo enaltece más, á juzgar por las coplas contenidas en este *Cancionero*, el color *rubio* en los cabellos; así de veinte y dos coplas de requiebros dirigidos al pelo, la mitad encarecen las excelencias del color rubio, mientras *ninguna* se ocupa del color negro, siendo esto tanto

más digno de notarse cuanto que el color rubio (mejor fuera decir el bermejo ó colorado) es antipático para el pueblo, segun otras producciones, en las que se alude al color del pelo de Judas. A esta misma preocupacion, cuyo valor etnológico no ha sido aún convenientemente estudiado, aluden los versos que sub-rayamos en las coplas que siguen:

Los cabellos de las rubias
Dicen que tienen veneno,
Aunque tengan soliman
Cabellos de rubia quiero.

Y otra, cuyos primeros versos no recuerdo, que termina:

Que de las *blancas* y *rubias*
De ciento sale una buena.

Despréndese de lo dicho y de la última afirmacion, confirmada en la copla gallega que dice:

Cando rio fose en riva
E os carballos deren ubas
An de ser *homes de ben*
Os homes de barbas *rubias*,

que los requiebros relativos á los ojos, cabello y color de la tez, suministran materiales importantísimos para estudiar la influencia que esta prediléccion ó aversion á ciertos y determina-

dos colores puede producir en la seleccion de las razas y la que puede ejercer tambien sobre los elementos artísticos de un país y la multitud de datos etnológicos é históricos que presuponen no sólo estos sentimientos del pueblo, manifestados en sus coplas, sino las *supersticiones* populares, á cuya recoleccion dedícase en Andalucia, con tanta discrecion como notable acierto, mi querido amigo D. Alejandro Guichot y Sierra, quien podria prestar al pais un servicio eminente recolectando, agrupando y ordenando cuantos materiales suministran las coplas, cuentos, refranes, adivinanzas, prácticas supersticiosas y demás formas en que el pueblo manifiesta lo que es y lo que ha sido. Si los dibujos hechos con cisco ó tiza en las paredes y puertas de las casas, han de suministrar seguramente á mi amigo datos interesantes para el *Folk-Lore del dibujo*, de que es verdadero iniciador en España, el estudio de estas otras manifestaciones de los sentimientos, ideas y afectos del pueblo con relacion á los colores, pueden suministrarle preciosos datos para lo que podriamos llamar el *Folk-Lore de la pintura.* ¡Ojalá que este deshilvanado *Post-scriptum* pudiera servir siquiera de estímulo á mi amigo para el cultivo de un estudio, para el cual ha mostrado en sus breves pe-

ro interesantes trabajos, tan felices disposiciones! Que el hombre no comienza en pintura como en dibujo ó en escultura por esos cuadros y estatuas de la Grecia que son la admiracion del mundo, sino por trazos tan incorrectos é inseguros y simplísimos como los que hallamos en las pizarras, estudiados hoy con tanto afán por los prehistóricos y naturalistas.

El talle ó la cintura, y el *garbo* ó gracia en el modo de andar, son tambien prendas en la mujer andaluza, origen de multitud de requiebros:

Eres delgada de talle
Como junco de ribera.

Delgadita de cintura
Como junco marinero.

Tienes las mismas facciones
Que tiene la Magdalena,
Delgadita de cintura
Y de carita morena.

Tienes una cinturita
Que parece contrabando;
Yo como contrabandista
Vengo por ella penando.

Tienes una cinturita
Que anoche te la medí;
Con vara y media de cinta
Catorce vueltas te dí
Y me sobró una poquita.

La delgadez de cintura que el pueblo italiano, segun nos enseña el Sr. Marin con el testimonio del ilustre mitógrafo Alessandro d' Ancona, es una de las *siete bellezas de la mujer,* es muy apreciada en Andalucía. Pero más aún el *garbo,* prenda que si, considerada bajo el aspecto puramente físico, engendra este piropo:

¡Valiente jaca!

y, por oposicion, la siguiente chanzoneta:

Anda y no la quieras,
Que tiene andares
De mula gallega,

engendra, bajo el aspecto espiritual, las siguientes coplas:

Con ese pié tan chiquito
Y ese *modito de andar*,
Tiene usted más hombres muertos
Que arenas tiene la mar.

Los zapatos que mantienen
El *garbo* de esa deidad,
Merecian ser de oro
En lugar de cordoban.

Mariquita, María,
La de mi barrio,
Hasta el agua bendita
Toma con *garbo*.

Con el garbo, que es la gracia, no sólo en el andar sino en los movimientos del cuerpo, complétase la enumeracion de las prendas corporales de la andaluza, que el pueblo requiebra más frecuentemente. Hay, sin embargo, un distintivo especial de las mujeres nacidas en esta bendita tierra, que no es ni corporal ni espiritual, en el pleno sentido de la palabra, siendo sin embargo, no sólo corporal y espiritual al mismo tiempo sino casi divina, nos referimos á la *gracia*, al *salero*, á la *sandunga*, á eso que se celebra con el clásico ¡olé! y que no hay lengua ni pluma humana que acierte á describir, porque se siente y no se toca, se respira y no se ve, se adora y no se conoce, se tiene y no se imita, me refiero á la *sal*, á esa saliva de la mujer andaluza á que alude la siguiente copla:

Eran *sosas* en lo antiguo
Todas las olas del mar,
Pero *escupió* mi morena
Y se volvieron salás.

Me refiero á esa cualidad que baña todo el cuerpo y toda el alma de la andaluza, y cada una de sus prendas corporales y morales, cualidad que necesita del movimiento para manifestarse, por ser dinámica y espiritual por excelencia, y no plástica y escultural. La andaluza

más fea, la que ménos se distinga por el tamaño grande de sus ojos ó breve de su boca, os mira ó se sonríe y en el movimiento de sus labios y sus mejillas ó de sus ojos os descubre imprevistos cielos de armonía que en vano buscais en la perfeccion de las facciones. No sigais por bella á ninguna andaluza que vaya delante de vosotros si no quereis exponeros al más amargo de los desengaños en quien busca la clásica perfeccion de las facciones: tendrá cincuenta años y os parecerá, por sus movimientos, que tiene treinta; será fea como un coco y os hará creer, por su gracia en el andar, que es una imágen; no parece sino como que la gracia de su apostura y de sus movimientos es la capota con que el hábil torero distrae, marea y aturde y acaba por cegar á la terrible fiera, cuyo indómito valor desafía. El hijo del pueblo andaluz que lo conoce así, y que á saber escribir os lo expresaría de una manera más clara y primorosa, pone la gracia sobre todas las demás cualidades de la mujer. Así lo significa en estas coplas:

Más vale fea y con gracia
Que no bonita y bobona.

Me dijiste que era fea
Y al espejo me miré,

Algun *salerillo* tengo
Y á algun tonto engañaré.

Esta es la verdadera nota del pueblo andaluz: con gracia, con salero, con sal, con sandunga, todo lo perdona; sin ella, la Vénus de Milo, andando por las calles, le tiene sin cuidado. *Esaborio*, *esgarbao*, sin gracia, es el más triste de los defectos que pueden imputarse á un hombre. La gracia es *buena sombra*, es *semilla que da ciento por uno*,

Esa mujé está sembrá,

es *angel*, es la divinidad misma que ha hecho tabernáculo del cuerpo y del alma de la mujer andaluza, para mover armoniosamente, con *garbo*, todo su cuerpo, con *gracia*, propiamente dicha, todos los sentimientos de su corazon, todas las ideas de su inteligencia, todas las imágenes de su fantasía, todos los deseos de su ánimo. La gracia es cualidad divina, en el sentido racional que podemos dar á esta palabra; el pueblo nos lo enseña en su copla:

Así como corre el agua
Por debajo de la adelfa,
Asi corre por tu cara
La *gracia de Dios*, morena.

Ayer pasé por tu casa
Y te vide en el balcon,
Siempre que se mira al cielo
Se ve la *gracia de Dios.*

No importa niña que seas
Morenita de color,
Si tienes en esa cara
Toda la *gracia de Dios.*

La graeia es la síntesis de todas las perfecciones, tanto físicas como espirituales del pueblo andaluz. Considerando cada una de ellas como astro de un sistema planetario, la gracia es el sol que las ilumina á todas y les presta su luz. Y no quiero hablar más de gracia ni de la trascendencia de esta perfeccion á las raras dotes morales de la andaluza, porque me llevaria esto muy léjos y me apartaria acaso del estudio de los requiebros, que tengo que dejar aquí á medio comenzar, por la necesidad en que me veo de hablar de otras materias.

VII

Terminado cuanto he podido indicar respecto á los requiebros, dado el breve espacio de que dispongo, si he de conseguir, como deseo, que este *Post-scriptum* no exceda de las

cien cuartillas que prometí escribir á mis amigos, voy á hacer una exposicion, lo más breve y sucinta que me sea posible, de todos los materiales contenidos en esta obra, ingiriendo solo entre ellos alguna consideracion que disculpe el error cometido en uno de los anuncios, al suponer que iba á ser este trabajo una como especie de juicio crítico.

En dos clases pueden considerarse divididos los materiales de este *Cancionero;* unos del pueblo, otros del autor de la obra; es decir, *cantos* y *notas:* los primeros son, como el lector habrá podido observar, *ocho mil ciento setenta y cuatro*, distribuidos en la siguiente forma: 41 *nanas*, 204 *rimas infantiles*, 697 *adivinanzas*, 25 *pegas*, 105 *oraciones, ensalmos y conjuros*, 598 *requiebros*, 337 *declaracion*, 937 *ternezas*, 282 *constancia*, 183 *serenata y despedida*, 178 *ausencia*, 109 *celos, quejas y desavenencias*, 91 *odio*, 359 *desdenes*, 671 *penas*, 31 *reconciliacion*, 29 *matrimonio*, 539 *teoría y consejos amatorios*, 56 *cariño y penas filiales*, 183 *religiosos*, 348 *sentenciosos y morales*, 87 *fiesta y baile*, 14 *columpio*, 456 *jocosos y satíricos*, 624 *estudiantes etc.*, 113 *carcelarios*, 38 *históricos*, 280 *locales* y 43 *varios*. A estas coplas hay que añadir más de ochocientas *variantes* contenidas en las notas y unas 160 ó

180 canciones gallegas, asturianas, catalanas y mallorquinas, con las cuales y las 11.200 que el autor manifiesta tener en su poder en la última advertencia de esta obra, resulta comprobada la afirmacion que hicimos en uno de nuestros artículos de adivinanzas, á saber: que el Sr. Marin contaba para su *Cancionero* con más de 20.000 cantares; afirmacion que acaso pudo parecer una andaluzada á los que no conocen la inagotable facundia de la musa popular española, y especialmente andaluza.

Considerada la obra en que nos ocupamos, ó mejor dicho las composiciones contenidas en ella, con relacion á las épocas de la vida, aparece que las cinco primeras secciones corresponde al *pueblo niño* y el libro que las contiene forma un precioso tomo que pudiera titularse *Poesía infantil.*

Las otras secciones, hasta el matrimonio ininclusive, se refieren al *pueblo jóven* ó *adolescente*, la de matrimonio y las dos siguientes á lo que pudiéramos llamar el *pueblo adulto*, y las *religiosas, sentenciosas* y *morales*, por último, pueden referirse al período de *vejez*, aunque no al de decrepitud, en que, por decirlo así, el refran se desarticula y monosilabea pues los hombres, en su última edad, hacen con la máxima

una cosa análoga, aunque en órden inverso, á lo que el niño hace con la sílaba en los primeros meses de la vida. Las demás secciones en que se halla dividida la obra, pudieran tambien referirse á tres ó cuatro grupos: por ejemplo, las de *fiesta*, *baile* y *columpio*, y áun las de *estudiantes*, etc., pueden considerarse como de *costumbres;* las *locales* ó *geográficas*, unirse con las *históricas*, por condicionarse, en cierto modo, como se condicionan la historia y la geografía; en cuanto á la seccion titulada *jocosos* y *satíricos* pudiera desdoblarse, con relacion á la clasificacion aludida, en dos, una, la de *jocosas*, propias del período de la adolescencia, y la de *satíricas*, análoga á las *sentenciosas* y *morales*.

Dicho ántes cuanto pensamos respecto á la clasificacion de estas producciones y á su discreta ordenacion ideológica, sólo nos queda advertir respecto del material recogido, que éste es, en su mayor parte, genuinamente popular, y que, si bien el Sr. Marin no ha declarado, como deseáramos, la procedencia de cada copla, ha distinguido las que considera andaluzas, de las castellanas por la ortografía adoptada en ámbos casos; ortografía que, en lo que respecta á las andaluzas, ha tenido que resentirse, como, en mayor escala aún, se resintió en mi coleccion

de *Cantes flamencos* de la falta de un sistema fonético adecuado á las exigencias científicas modernas.

Respecto á las notas, comprendidas las del *Apéndice*, forman un total de 2936, divididas del siguiente modo: 31 correspondientes á la seccion de *nanas* y por su órden á las siguientes que indicamos con un guion: 237-261-29-71-137-102-305-73-51-54-314-35-123-198-10-13-134-15-51 100-22-3-105-44-41-14-212-15.

A la simple lectura del número de notas que corresponde á cada seccion se observa que el Sr. Marin ha echado el resto, como decirse suele, en las *rimas infantiles* y las *adivinanzas*, no habiendo, excepcion hecha de la de *ternezas*, *celos*, y *locales* que forma un lindo nomenclator geográfico, seccion alguna que tenga ni áun aproximadamente tantas notas, siendo por esto la obra en que me ocupo, no sólo digna de aplauso por los cantos populares que contiene. sino por sus excelentes disquisiciones y noticias respecto á adivinanzas y juegos.

El Sr. Marin merece en este concepto por las eruditísimas anotaciones con que enriquece esta parte, que cualquiera hubiera podido considerar subalterna con relacion á su obra, toda clase de plácemes y enhorabuenas que me apre-

suro á tributarle, con tanto mayor gusto, cuanto que he sido y soy tambien apasionado por el estudio de estas interesantes producciones: razon que me mueve á unir tambien mis aplausos á los de los dignos mitógrafos portugueses é italianos que ya han felicitado á mi compañero por dar á conocer en su obra la muy importante de Rodrigo Caro *Dias geniales y lúdricos.* y la coleccion de *Rimas infantiles*, de D. Alonso de Ledesma.

En las notas de esta seccion, el autor nos describe unos cuarenta ó cincuenta juegos, con un primor, una exactitud, una fidelidad y una frescura de estilo, que hacen de aquélla una de las partes más estimables de esta obra.

En la seccion *de adivinanzas*, el Sr. Marin, con notable acierto y satisfaciendo el deseo que indiqué en uno de mis artículos (1), de ver ordenadas estas producciones—deseo que por las circunstancias que declaré en el prólogo de mi coleccion de *Enigmas y adivinanzas*, no pude desdichadamente satisfacer—nos presenta su rica coleccion, no sólo clasificada, sino concordada con las adivinanzas contenidas en la linda

(1) Véase el n.º 13, año III, correspondiente al 5 de Agosto de 1879 de *La Enciclopedia*, de Sevilla.

obrita de Mr. Rolland, *Devinettes de la France*, y otras colecciones italianas y portuguesas.

En esta seccion se encuentran unas seis ú ocho notas que pueden reputarse como verdaderas *ilustraciones* (y entiéndase de aquí en adelante, que damos este nombre á las notas, que á más de su importancia exceden de una hoja) relativas á ciertas creencias populares respecto á animales reales ó imaginarios, tales como la *culebra*, la *víbora* y el *basilisco*, la *sirena;* la adivinanza de *la espina* y la interesantísima que se refiere á *problemas matemáticos*, con más el lindo cuento popular, titulado *Las tres adivinanzas,* publicado antes de ahora en mi *Coleccion de enigmas.*

En la seccion de *ensalmos* y *conjuros* son dignas de especial mencion las notas que se refieren respectivamente á ciertas creencias en San Antonio y San Cristóbal, una version itatiana análoga á la oracion de San Antonio y á tres fórmulas supersticiosas, útiles para curar ciertas enfermedades; notas de singular interés bajo el doble aspecto de la religion y de las supersticiones y demás productos imaginativos de que tratan los libros de mágia, á los cuales puede referirse la magnífica obra *Mallœus maleficarum* admirablemente traducida y comentada

por el entendido, castizo y modestísimo escritor D. José M.ª Montoto, quien si adquirió merecido renombre por su excelente Historia de Don Pedro I de Castilla, legó á sus contemporáneos en el *Martillo de maléficas* una obra, cuya edicion sería de no ménos importancia para los estudios folk-lóricos que la citada de Rodrigo Caro.

Excepcion hecha de las ilustraciones indicadas y de las notas á la seccion de pegas, *achiapparelli*, las demás que enriquecen esta obra pueden considerarse divididas en varias clases á saber: *fonéticas y gramaticales;* notas que tienen por objeto concordar las coplas con otras producciones populares ó eruditas; *esplicativas*, de inmenso valer, y punto ménos que indispensables para los extranjeros, y *comparativas* que tienen por objeto poner de manifiesto las analogías de las producciones contenidas en esta obra con las que figuran en multitud de cancioneros hechos en Europa; entre estas notas, todas de inmensa valía, cual para el filólogo, cual para el gramático, cual para el historiador, cual para el geógrafo, cual para el literato, y todas para los folk-loristas, descuellan unas cuarenta ó cuarenta y cinco ilustraciones de entre las cuales citaremos la siguientes:

Tomo i.—Noticia de la obra inédita de Rodrigo Caro, intitulada *Dias geniales y lúdricos*, y trascripcion de uno de sus capítulos; cuatro versiones del *juego de las chinas,* debidas respectivamente á unas señoritas de Osuna, á don Adolfo Perez Higuero, de Ronda, al ilustrado presidente del Folk-Lore frexnense, Sr. Romero y Espinosa, de Fregenal, y al conocido folklorista *Micrófilo,* de Guadalcanal; la descripcion del *juego de la rueda*, hecha por Rodrigo Caro en su citada obra, y várias *Rimas infantiles del siglo XVII, con algunos usos y ceremonias de los muchachos en la actualidad* que son, por la lindísima y discreta descripcion que de ellos hace el Sr. Marin, una de las más preciosas ilustraciones de este libro.

Tomo ii.—Una coleccion de estribillos usados como piezas de encaje para las seguidillas que sólo constan de cuatro versos.—Discusion con el Sr. Trueba sobre el mérito artístico de la copla primera de un trovo que comienza diciendo:

Ni el Padre Santo de Roma
Hiciera lo que yo he hecho.

—Escursion por la literatura catalana, portuguesa, italiana y francesa respecto á los cantos

populares que envuelven la idea del *amante multiforme* y preciosa historieta de *María de los Dolores,* análoga, aunque más reducida, á la historia amorosa de *Juan del Pueblo.*

Tomo iii.—Artículo de mi querido amigo Luis Montoto, sobre el libro *Primer cancionero de coplas flamencas* de Manuel Balmaseda—coleccioncita de refranes geográficos de los que nuestro amigo Romero y Espinosa, llama *dicterios*—Disertacion sobre un bellísimo trovo recogido en Utrera por unas señoritas y publicado ántes por el señor Marin en su lindo artículo titulado *Los trovos,* inserto en *La Enciclopedia.*—Trovo gallego remitido mi amigo por mi distinguido paisano el Sr. Valladares.—Discusion respecto á la conocida copla

Yo me arrimé á un pino verde.

Coplas portuguesas y españolas referentes al protectorado que San Antonio dispensa á las muchachas casaderas.

Tomo iv.—Indicacion respecto á el valor de las tres SSS, las tres BBB, las tres CCC, las tres RRR y las tres LLL.—Una coleccion de cantos locales de Galicia, tomados de las colecciones parciales de los Sres. Milá y Fontanals, Murguía y Valladares.—Concepto popular de los frailes.

En el *Apéndice* figura una bonita ilustracion respectos á las *nanas*, en la que se insertan dos canciones de cuna recogidas en Simancas por la distinguida señorita Murguía y siete *nanas inéditas*, procedentes de la Marca (Italia), y remitidas al autor de este libro por el ilustre mitógrafo Antonio Gianandrea.—Otra, con formulillas escolares portuguesas, francesas é italianas.—Una version languedociana de la fábula *El piojo y la pulga*.—Algunos *trabalenguas* españoles é italianos.—Una preciosa version de la *Cancion del mayo*, concordada con una cancion italiana, y ampliada con algunas noticias que dan sobre el asunto Cobarrubias, Rodrigo Caro, Pitrè, Federico de Castro y Leite de Vasconcellos, que escribió al Sr. Marin una preciosa é interesante carta sobre *As Maias*, reproducida en los periódicos portugueses titulados *O Tirocinio* y *Pero Gallego;* terminando este *Apéndice*, el *Canto de Lelo*, dado á conocer por Guillermo de Humboldt, traducido por el Sr. Trueba, é inserto en el libro de D. José Manterola, titulado *Cantos históricos de los vascos*.

A estas *ilustraciones* pueden equipararse por su mérito, una inmensa série de notas breves, pero interesantísimas, para penetrar en la vida íntima de nuestro pueblo: en este punto, es

realmente admirable el arte con que el Sr. Marin nos lleva desde la copla al refran, del refran á la supersticion, de la supersticion á la costumbre y de la costumbre á la creencia que la informa y al simbolismo, juego ó ceremonia en que se encarna.

Diseminados en ellas hallará el lector infinidad de *modismos*, multitud de *refranes* y preciosísimas lecciones respecto á la riqueza y originalidad de *giros*, realmente intraducibles, que dan individualidad á nuestro idioma y enseñanzas preciosas á los literatos, respecto al empleo de las *figuras retóricas*, de *diccion*, *elegancias de lenguaje* y demás respetables zarandajas que en los libros de literatura preceptiva tan séria y estiradamente se enseñan. Con estos materiales á la vista, los eruditos podrán observar, por ejemplo, que si el *cuento*, tal como sale de los lábios del pueblo, es como la *frase* y el *refran* ordinariamente pleonástico, la copla es *elíptica*, por excelencia; entónces verán que el uso de las sinecdoques, metáforas, metonimias, prosopópeyas, hipérboles, y demás primores poéticos, no son patrimonio del poeta culto, y que esos esmaltes encierran, como las imágenes y comparaciones populares, vestigios de civilizaciones pasadas, que dormitan tan inconscientemente

en los sesos de quienes las emplean, como los fósiles en el terreno terciario: entónces verán nuestros hombres de letras que los adornos que tanto avaloran, en su sentir, la poesia culta, son verdaderas reliquias de la civilizacion greco-latina; como las bellezas de ésta lo son de las mayores y más ricas de la oriental, convertidas, como las acciones más sérias de los hombres primeros en ceremonias infantiles posteriores, en meros adornos de lo que fué en un tiempo tuétano y médula del sentimiento, de la creencia ó de la idea que le dió origen. El señor Marín, que sabe perfectamente estas y otras muchas cosas, y que se halla tan plenamente enterado de la importancia de las corrientes científicas que primero Alemania y despues Inglaterra han traido á la vida con el nombre del *Folk-Lore* (1), ha dedicado con mucho acierto un

(1) La palabra *Folk-Lore* es anglo-sajona y ha sido aceptada tanto en España como en Francia, Italia y Portugal por compendiar una série de conocimientos que no pueden expresarse por las palabras *saber popular*, y comprender la ciencia de aquel nombre no solo la *demopsicología* y, por tanto, el *sentir popular* etc., sino todo lo que se refiere á la vida y costumbres del pueblo y á los usos, ceremonias y juegos en que se conservan los vestigios de civilizaciones anteriores á que los prehistóricos conceden tan considerable importancia.

El año de 1878 se ha constituido en Londres (por iniciativa de Mr. Willians J. Thoms, que empleó por vez primera la voz *Folk-Lore* en la acepcion que hoy tiene, en el *Atheneum* de Londres, el año de 1846), *la Sociedad del Folk-Lore*, que tiene

no pequeño número de sus notas á comparar las producciones contenidas en su excelente obra, con otras producciones análogas, especialmente portuguesas, italianas y francesas.

A más de las veintiseís obras españolas, el autor de *Los cantos populares* ha tenido á la vista, según nos indica en el *Indice bibliográfico*, veintiseis de Italia, once de Francia, ocho de Portugal y dos alemanas.; lo cual acredita que ha logrado, en ménos de dos años, á contar

---

por objeto *la conservacion y publicacion de las tradiciones populares, baladas legendarias, proverbios, locales, dichos, sus perticiones y antiguas costumbres (inglesas y extranjeras) y demás materiales concernientes á esto.*

Creyendo que la implantacion en España de una sociedad análoga á la inglesa seria conveniente, por multitud de razones que no es del caso explicar aquí, publiqué en 3 de Noviembre de 1881, *Las bases del Folk-Lore Español*, procurando condensar en la primera las diversas tendencias que parecen dominar en las distintas naciones de Europa; tendencias que pueden considerarse como puntos de vista distintos de una misma cosa y que creo representadas por los trabajos de Rolland, Sébillot, Cosquin, Gaston Paris, y el conde de Puymaigre en Francia; en Italia, por los trabajos de Ancona, Pitrè, Comparetti y Gubernatis; en Alemania por los de Kohler y Liebrecht en Austria por los de Schuchardt, y en Portugal por los de Coelho, Braga, Consiglieri Pedroso y Vasconcellos.

He aquí la primera de las bases á que me refiero:

«Esta Sociedad tiene por objeto recoger, acopiar y publicar todos los conocimientos de nuestro pueblo en los diversos ramos de la ciencia, medicina, higiene, botánica, politica, moral, agricultura, etc.; los proverbios, cantares, adivinanzas, cuentos, leyendas, tradiciones, fábulas y demás formas poéticas y literarias; los usos, costumbres, ceremonias, espectáculos y fiestas familiares, locales y nacionales; los ritos, creencias, supersticiones, mitos y juegos infantiles en que se conservan más principalmen-

desde nuestro conocimiento con el Dr. Schuchardt, ponerse al tanto del inmenso desenvolvimiento que la demopsicología ha alcanzado en estos últimos tiempos en los países más adelantados.

Mediante estas *notas comparativas*, España tendrá ya nombre y representacion en el concierto europeo, y, junto á la *balada* alemana, al *rondeau* francés, á la *cantiga* portuguesa, al *rispetto* italiano, resonará tambien la sen-

---

te los vestigios de las civilizaciones pasadas; las locuciones, giros, trabalenguas, frases hechas, motes y apodos, modismos, provincialismos y voces infantiles, los nombres de sitios, pueblos y lugares, de piedras animales y plantas; y, en suma, todos los elementos constitutivos del *génio*, del saber y del idioma pátrios, contenidos en la tradicion oral y en los monumentos escritos, como materiales indispensables para el conocimiento y reconstruccion científica de la historia y de la cultura españolas.»

Sobre dichas bases, *unos cuantos* literatos y hombres científicos andaluces y extremeños constituyeron en Sevilla y Fregenal, de la Sierra, en este punto bajo la iniciativa de mi queridísimo amigo D. Luis Romero y Espinosa, las sociedades del *Folk-Lore Andaluz* y *Frexnense* en 28 de Noviembre de 1881 y en 11 de Junio de 1882 respectivamente, creando la primera una revista mensual titulada el *Folk-Lore Andaluz* que ha terminado su primer tomo en Marzo del corriente año, y la extremeña con el título del *Folk-Lore Frexnense*, una revista trimestral cuyo primer número vió la luz pública en Enero del año que corre. Ambas revistas inspiradas en el sentido de la sociedad inglesa, cuyo fin principal es el *acopio de materiales*, (*collecting materials*) fielmente recogidos de los labios del pueblo, son dignas de consulta y se hallan respectivamente de venta en Sevilla, (casa Editorial de los señores Alvarez y C.ª, Tetuan 24), y en Fregenal de la Sierra, pueblo de la provincia de Badajoz, (imprenta del periódico titulado: *El Eco de Fregenal*).

tida y sintética *copla* andaluza, la dulcísima *cantiga* gallega, la expresiva *corranda* catalana y la *canson* mallorquina que, con la ingeniosa *endevinalla* de Valencia, la fantástica *leyenda* asturiana y vascenence, el *romance* castellano, y el sustancioso *refran* agrícola extremeño, llevarán á nuestros hermanos, especialmente á los que viven en nuestra propia península, el testimonio de que es una verdad lo que tan elocuentemente llama Dalmedico *La fratellanza dei popoli nelle tradizioni communi*, y que los hombres son, desde su orígen hasta el dia, unos y solidarios, no existiendo entre ellos otra diferencia que la correspondiente á los grados de cultura y de evolucion en que cada uno se encuentra; por ser unas mismas, las ideas que iluminan su inteligencia, y unos mismos los sentimientos que hacen latir sus corazones.

VIII

Dos palabras para terminar. Por una irritante injusticia, en un siglo llamado positivista, no sé por qué razon, solemos dejar para lo último lo más positivo y sustancioso, es decir, el di-

nero, sin el cual las mejores ideas se frustran y malogran. Sin un editor ilustrado y generoso, las bellísimas composiciones poéticas de esta obra, mensajeras de paz y de amor entre los hombres, hubieran sído como mariposas sin alas. A los plácemes, pues, dirigidos al señor Marin, debo unir aquí mis más ardientes plácemes á mi antiguo compañero de estudios Sr. Alvarez Aranda, quien, si ha sabido dar muestras de su exquisito gusto literario editando las novelas y artículos del señor Valera y los poemas, poesías y cantares de Campoamor, Palacio y Montoto, ha sabido, con la costosa y esmeradísima edicion de esta obra, acaso la de más importancia nacional que actualmente se publica en la península, hacerse acreedor, no sólo á la protección del Gobierno, de las Academias y demás Corporaciones científicas, sino al respeto y consideración de cuantos se interesen por el buen nombre y prestigio de la nacion española, cuyo genio tan fiel y exactamente se retrata en las producciones del pueblo.

DEMÓFILO.

Sevilla 18 de Marzo de 1883.





